

“¿QUIÉN NOS DEFIENDE?”: PEQUEÑOS GANADEROS CRIOLLOS EN MEDIO DE LA EXPANSIÓN DE LA FRONTERA AGRÍCOLA EN EL CHACO PARAGUAYO

*Yann le Polain de Waroux**

*) Departamento de Geografía & Instituto para el Estudio del Desarrollo Internacional, Universidad McGill
Burnside Hall, rm. 311, 805 Sherbrooke St. West, Montreal, QC, H3A 0B9
Correo: yann.lepolaindewaroux@mcgill.ca

Traducción automática (Deepl.com) revisada por Claudia Arami Nuñez.

Resumen: La expansión de la ganadería a gran escala y de las explotaciones de cultivos comerciales en los bosques del Gran Chaco en Argentina, Bolivia y Paraguay están desplazando a los pequeños productores a un ritmo alarmante. Sin embargo, sabemos relativamente poco sobre cómo viven los pequeños productores esta expansión y qué estrategias utilizan para afrontarla y adaptarse a ella. En este trabajo, utilizo el caso de los pequeños ganaderos criollos del Chaco paraguayo para explorar cómo han respondido los pequeños propietarios al acaparamiento de tierras en las fronteras agrícolas del Chaco, y cómo estas respuestas, junto con el propio acaparamiento, están transformando el paisaje chaqueño. Al adoptar una perspectiva centrada en la agencia y las trayectorias de subsistencia de estos pequeños propietarios frente a la toma de tierras, demuestro que los ganaderos criollos participan en múltiples estrategias que van más allá de la oposición y la resistencia, y abarcan formas de cooperación cotidiana, intensificación de la producción, diversificación de los medios de subsistencia y reubicación. Argumento que examinar estas respuestas en su diversidad nos permite comprender mejor las implicancias más amplias del acaparamiento de tierra para las transiciones agrarias y las transformaciones del paisaje en la región.

Palabras clave: *apropiación de tierras, desalojo, medios de subsistencia, Pilcomayo, cambios de régimen*

Esta es una versión traducida del inglés; por favor citar el artículo original:

le Polain de Waroux, Yann (2025) 'Who defends us?' Criollo livestock herders amidst commodity frontier expansion in the Paraguayan Chaco. *The Journal of Peasant Studies* 0, 1-37. <https://doi.org/10.1080/03066150.2025.2462759>.

Introducción

En 2021, Christian Levers y sus colegas publicaron un artículo en el que mapearon pequeños asentamientos aislados en el Gran Chaco, una vasta extensión de bosque seco tropical que cubre gran parte de Argentina, Bolivia y Paraguay (Levers et al., 2021). Estos asentamientos son visibles en las imágenes satelitales como pequeñas agrupaciones de construcciones alrededor de un punto de agua, rodeadas de una zona con menor cobertura vegetal. Suelen estar habitados por una o varias familias cuyo medio de subsistencia gira principalmente en torno a la ganadería, de ahí el nombre *de puestos ganaderos* que se utiliza a menudo para referirse a ellos. El análisis reveló que cerca de una quinta parte de los puestos ganaderos identificados en 1985 -más de cinco mil- habían desaparecido para 2015. Esta desaparición se debió en gran parte a la expansión agrícola comercial sobre la vegetación natural, y a los cercados de las tierras y la pérdida de acceso a los recursos naturales que conlleva para las personas que dependen de ellos. El artículo demostró que los puestos que desaparecieron entre 1985 y 2015, si no fueron sustituidos totalmente por campos de cultivo y pastura, perdieron mucha más cobertura forestal en sus inmediaciones que los asentamientos que persistieron en el tiempo. Incluso éstas, demostró el análisis, se enfrentaban a condiciones ecológicas cada vez más marginales que probablemente comprometerían su sostenibilidad a largo plazo.

La gran magnitud y rapidez de la deforestación que se ha producido en las últimas décadas en el Gran Chaco ya no es una novedad. Aunque hasta principios de la década de los 2000 había pasado prácticamente desapercibida fuera de la región, a mediados de la década de 2010, el Chaco se dio a conocer mundialmente como uno de los principales focos de deforestación tropical, gracias a estudios académicos locales (por ejemplo, Grau et al., 2005; Zak et al., 2004) y al activismo ambiental (como campañas de Greenpeace), así como también a la publicación de nuevos datos sobre la deforestación mundial de libre acceso que permitieron a cualquier persona comprobar por sí misma la magnitud del fenómeno (Hansen et al., 2013). Numerosos estudios han documentado ya la extensión y la distribución de la deforestación (Baumann et al., 2022; Graesser et al., 2022; Grau et al., 2005; Vallejos et al., 2015), el papel de la ganadería y el cultivo de soja como impulsores (Baumann et al., 2022; Piquer-Rodríguez et al., 2018), y los mecanismos de toma de decisiones sobre el uso de la tierra que rigen la expansión agrícola comercial de productos básicos (le Polain de Waroux et al., 2018; Volante et al., 2016; Zorzoli y Gras, 2019). Los impactos de la deforestación sobre la biodiversidad (Mastrangelo y Laterra, 2015; Romero-Muñoz et al., 2018) y el almacenamiento de carbono (Baumann et al., 2017; Gasparri et al., 2008) también están cada vez mejor documentados, y varios estudios han analizado los éxitos y fracasos de las políticas ambientales para frenar este proceso (Aguilar et al., 2018; le Polain de Waroux et al., 2016; Nolte et al., 2018, 2017; Vallejos et al., 2021; Volante y Seghezzo, 2018).

Un número creciente de estudios ha tratado también de comprender la interacción de estas fronteras de producción agrícolas comerciales, con los medios de subsistencia de los pequeños agricultores

en los bosques del Chaco. Estos, han explorado, entre otras cosas, los mecanismos de desalojo utilizados por los actores del agronegocio (Biocca, 2023; Busscher et al., 2019; Cabrol y Cáceres, 2021; Goldfarb y van der Haar, 2015; Zorzoli, 2022), el surgimiento de conflictos territoriales (Aguar et al., 2016; Gómez, 2009; Zorzoli, 2016), el papel de los movimientos sociales en la organización de la resistencia (Barbetta et al., 2012; Brent, 2015; Lapegna, 2016, 2015), las dinámicas de reconocimiento indígena y la titulación de tierras (Anthias y Radcliffe, 2015; Castelnuovo Biraben, 2023; Correia, 2019; Diz, 2020), la persistencia del campesinado (Cáceres, 2014; Domínguez, 2009; Paz y Jara, 2020; Paz, 2020), y las consecuencias de la pérdida de acceso a los recursos naturales (Cáceres, 2015; del Giorgio et al., 2021, 2022; Glauser, 2019; Matthews, 2023). Sin embargo, todavía hay relativamente pocas investigaciones que analicen desde la base la forma en que los pequeños agricultores afrontan estos cambios recientes a nivel individual y familiar, y la variedad de estrategias, más allá de la mera resistencia organizada, que ponen en marcha para responder y hacer frente a la expansión agrícola y al acaparamiento de tierras. Esto es un hecho, especialmente en Paraguay, donde la investigación sobre los cambios en los medios de subsistencia y las respuestas de los pequeños agricultores ante la rápida evolución de la frontera agrícola del Chaco, es prácticamente inexistente, a pesar de que el país registró el mayor descenso relativo de puestos ganaderos de los tres países que abarca el Chaco (Levers et al., 2021).

En este artículo, utilizo el caso de los pequeños ganaderos criollos del Chaco paraguayo para explorar cómo los pequeños productores que viven en el monte han respondido al acaparamiento de tierras en las fronteras agrícolas comerciales del Chaco, y cómo estas respuestas, junto con las propias transacciones de tierras, están transformando colectivamente el paisaje chaqueño. Empiezo esbozando una breve historia de los criollos del Gran Chaco, una población del interior rural que no es indígena ni está relacionada con la población mestiza del resto de Paraguay, ni con la inmigración más reciente, mayoritariamente europea, de finales del siglo XIX y principios del XX, y analizo la evolución de sus estrategias de subsistencia en la frontera agrícola. A continuación, recorro a entrevistas realizadas entre 2018 y 2024 en una zona del Chaco paraguayo situada a lo largo del río Pilcomayo, en la frontera con Argentina, para analizar cómo las familias criollas que se asentaron en Paraguay durante el siglo XX han respondido a la invasión de los inversores de tierras en la zona. Adoptando una perspectiva inspirada en la literatura sobre los medios de subsistencia (*livelihoods*), centro mi narrativa en el poder de decisión de las personas a la hora de crear estrategias para "salir adelante" frente a las presiones y limitaciones externas (Ellis, 2000; Rigg, 2007; Scoones, 2009), y prestando especial atención a la evolución de estas respuestas a lo largo del tiempo como parte de trayectorias más amplias de los medios de subsistencia (De Haan y Zoomers, 2005). A continuación, analizo estas estrategias considerando la literatura existente sobre las respuestas a los acuerdos sobre tierras "desde abajo" (Borras Jr y Franco, 2013; Hall et al., 2015). Concluyo analizando cómo las transacciones de tierras y las respuestas de la gente a las mismas están transformando el paisaje del Pilcomayo.

Antecedentes

Breve historia de los criollos en el Gran Chaco

El asentamiento del Chaco por personas a las que hoy se denomina criollos comenzó con la formación de las primeras redes coloniales de intercambio en torno a la ciudad de Santiago del Estero, a unos 600 km al sur de la zona de estudio, en la actual Argentina. Santiago del Estero, tras su fundación en 1553, formó parte de una extensa red comercial que se extendía hasta el virreinato de Perú y en la que circulaban productos provenientes de los bosques chaqueños, especialmente miel y cera de abejas. En los siglos XVI y XVII, la gran demanda de miel propició la aparición de una población de *meleros* o cazadores de miel: personas que recorrían el interior del Chaco para obtener miel silvestre y cera de abejas de los indígenas (Bilbao, 1964). Estos criollos, originalmente descendientes de colonos españoles coloniales nacidos en América (Chamosa, 2008) - eran percibidos por la población urbana de la época como una clase subordinada, marginal, un grupo heterogéneo de *mestizos* (de ascendencia indígena y europea mezclada) y mulatos (de ascendencia africana y europea mezclada) que vivían en constante movimiento en el interior del Chaco (Bilbao, 1964, pp. 152-153). En el siglo XVIII, el establecimiento de las reducciones jesuíticas de indígenas Lule y Vilela a lo largo de las orillas del río Salado, al norte y al este de Santiago del Estero, consolidó los núcleos de población e intensificó la presencia del ganado, que los jesuitas habían introducido en la región. Cuando los jesuitas fueron expulsados en 1767, las tierras que habían controlado fueron apropiadas por las élites locales, pero las familias criollas que habían vivido en ellas como arrendatarios o *agregados* (personas autorizadas a establecer pequeñas explotaciones en tierras ajenas a cambio de mano de obra (Faberman, 2018)) se quedaron, algunas de ellas formando *puestos ganaderos*, asentamientos aislados con un punto de agua y algo de ganado (Bilbao, 1964; Zorzoli, 2022, p. 57). Durante la mayor parte del siglo XIX, los *puesteros* criollos y su ganado siguieron poblando los márgenes de los ríos que desembocaban en la llanura chaqueña desde los Andes, como los ríos Teuco, Salado y Bermejo (Bilbao, 1964, pp. 162-3).

A principios del siglo XX, una combinación de factores que incluía el crecimiento de la población, la degradación ambiental, la demanda de terneros y las enfermedades zoonóticas, llevó a las familias criollas a expandirse hacia el este y formar puestos y pequeños asentamientos (*parajes*) en el interior del Chaco, alejándose de los ríos (Bilbao, 1964; Saravia Toledo, 1993). Este movimiento se vio facilitado por el establecimiento de explotaciones forestales (*obrajes*) y la expansión de la red ferroviaria, así como el auge del cultivo del algodón en la provincia del Chaco y de la caña de azúcar en las estriberas andinas, que proporcionaron a los colonos criollos oportunidades de mano de obra estacional para complementar sus medios de vida basados en la ganadería (Altrichter y Basurto,

2008; Bilbao, 1964; Morello y Saravia Toledo, 1959). También fue incentivado por el gobierno, que cavó pozos para apoyar el asentamiento de familias criollas en la región (Altrichter y Basurto, 2008).

La expansión de los criollos hacia el norte, más allá del territorio argentino, está escasamente documentada, pero sabemos que a finales del siglo XX las familias criollas poblaban tierras a lo largo del río Pilcomayo en Bolivia (Combès, 2022). El establecimiento de la colonia Buenaventura en el lado argentino del río Pilcomayo en 1902, un asentamiento creado para aliviar la presión sobre la tierra de la antigua colonia Rivadavia en la provincia de Salta (Figura 1), también atrajo al Pilcomayo a numerosos ganaderos criollos. A los pocos años del establecimiento de la colonia, las familias criollas habían empezado a expandirse más allá de sus límites y a ocupar tierras en la orilla izquierda del río Pilcomayo, en lo que hoy es Paraguay, donde mantendrían una presencia casi continua hasta la actualidad (le Polain de Waroux, 2024). Existen indicios anecdóticos que sugieren que los ganaderos criollos pudieron haberse asentado en el interior del Chaco paraguayo a principios del siglo XX. En una entrevista realizada en 2013 en su granja del Chaco boliviano, por ejemplo, un cantante folclórico criollo de renombre local explicó en televisión que había nacido antes de la Guerra del Chaco (1932-1935) en Platanillo, un fortín militar paraguayo situado a unos 150 km al norte de la frontera argentina (Villa, 2013).

El entendimiento de quiénes son considerados como Criollos y qué significa exactamente ese término ha evolucionado con el tiempo. Hasta el siglo XX, los criollos habían estado al margen del Estado, constituyendo "una población fronteriza cuya liminalidad respecto al mundo indígena del Chaco no era tan sólo espacial para los contemporáneos", lo que significa que eran considerados por muchos como parcial o totalmente indígenas (Concha Merlo, 2022, p. 174)¹. Con el tiempo, sin embargo, la identidad criolla fue promovida para significar simultáneamente un vínculo simbólico con la nación argentina y diferenciar a una población fronteriza que hablaba quechua, cazaba, pescaba y recolectaba productos del bosque, de los grupos indígenas del Chaco con los que podían confundirse fácilmente pero que se habían convertido en enemigos del Estado (Concha Merlo, 2021a, p. 15). Esta identidad se vio reforzada y ampliada en el contexto de las migraciones masivas de principios del siglo XX, cuando el término criollo pasó a incluir a cualquier nativo argentino, en contraste con los inmigrantes *gringos* (europeos) y *turcos* (de Oriente Medio) (Concha Merlo, 2022).

¹ Los emigrantes europeos ("gringos") que llegaban al Chaco veían a la población local de Santiago del Estero como "indios quechuas" (Concha Merlo, 2022, p. 176). Mucha gente de la zona sigue hablando un dialecto quechua hasta el día de hoy. Además, un estudio genético en el que se compararon los materiales genéticos de la población criolla e indígena Wichí de la provincia del Chaco reveló que el 20% de ascendencia indígena de los criollos era más cercana a las poblaciones andinas, mientras que los Wichí eran más cercanos a las poblaciones amazónicas (Sevini et al., 2013).

Llegó a ser tal que “[l]os descendientes blancos de españoles coloniales, así como las personas de ascendencia africana, los mestizos (también llamados gauchos, y a veces incluso chinos), o los descendientes de pueblos indígenas anteriormente tributarios podían llamarse igualmente criollos” (Chamosa, 2008, p. 79), aunque los indígenas del Chaco siguieron excluidos de esa denominación.

Sin embargo, la existencia de esta gran población racialmente mixta en las zonas rurales de Argentina generaba incomodidad entre los intelectuales que consideraban a Argentina como una nación blanca. La solución que encontraron para encajar esta realidad en “el mito de la Argentina blanca” fue no considerar a los criollos como un grupo mestizo sino enfatizar su ascendencia europea. (Chamosa, 2008, p. 79). La identidad criolla del noroeste llegó a ser celebrada como “quintaesencia argentina” en el canon folclórico, incluso cuando su herencia racial indígena fue cuidadosamente eliminada (Chamosa, 2008, p. 75; Gordillo, 2014). A pesar de ello, los criollos siguieron siendo una categoría subordinada y ser reconocido como ‘criollo’ implicaba, entre finales del siglo XIX y principios del XX, tener un estatus superior al del ‘indio’, pero considerablemente inferior al de las demás clases sociales del país (Concha Merlo, 2021a, p. 5).

El proyecto argentino de blanqueamiento nunca se completó del todo. En la década de 2000, los criollos del Chaco seguían reconociendo abiertamente su ascendencia indígena (Gordillo, 2009, 2014). De hecho, las políticas de reconocimiento indígena y las leyes que facilitan el acceso de los grupos indígenas a los títulos de propiedad de la tierra en Argentina hicieron que varios criollos reivindicaran su identidad indígena. A raíz de la frontera agrícola y ganadera comercial, movimientos sociales argentinos como el Movimiento Campesino de Santiago del Estero, impulsaron la formación de una nueva identidad política de “campesino-indígena”, que agrupaba a criollos e indígenas en una clase subordinada que luchaba por el derecho a la tierra (Concha Merlo, 2021b). Este cambio, y la formación de alianzas estratégicas entre criollos e indígenas frente al rápido avance de las fronteras de la deforestación (Tschopp et al., 2020; Wald, 2013), se reflejó en la literatura académica sobre el Chaco argentino, en la que la representación de los ganaderos criollos como actores de la degradación ambiental, desde el sobrepastoreo y la degradación de los pastos hasta la sobreexplotación de árboles y animales (e.p. ej. Barbarán y Arias, 2001; Bucher y Huszar, 1999; Morello y Saravia Toledo, 1959; Saravia Toledo, 1993) dio paso a un creciente énfasis en la marginación y el desalojo de una clase campesina en la frontera agroindustrial (p. ej. Barbetta et al., 2012; Cáceres, 2015; del Giorgio et al., 2022; Lapegna, 2015).

Utilizo la palabra criollos para referirme a las personas cuyas historias analizo en este artículo porque, a pesar de ser un término ambiguo y una “invención contemporánea” (Concha Merlo, 2021a, p. 27), sigue teniendo relevancia como identidad social y cultural y como marcador de una historia, una cultura material, un estilo de vida y unos medios de subsistencia compartidos en gran parte del Gran Chaco, incluso a lo largo del río Pilcomayo. También lo utilizo porque ayuda a entender la posición distinta de este grupo dentro de la frontera agrícola y ganadera comercial, que

sigue siendo distinta de la de los indígenas y de los otros múltiples grupos que han llegado a poblar el Chaco, incluidos los menonitas, *los mestizos* paraguayos, los colonos *gringos* (europeos blancos) a pequeña escala y los inversores a gran escala. Debo aclarar, sin embargo, que éste no es un marcador de identidad tan fuerte como lo son las categorías étnicas de “Nivaclé” o “Guaraní” para los indígenas del Pilcomayo - las personas a las que yo (y los indígenas de la zona) llamo criollos se reconocen como tales, pero normalmente se identifican ante todo en términos no étnicos como pequeños ganaderos.

Los medios de subsistencia de los criollos en medio de la expansión de la frontera agrícola-ganadera

Los medios de subsistencia de los criollos han girado históricamente en torno a la cría de ganado vacuno, caprino y ovino realizado *a campo abierto* - es decir, en tierras abiertas o comunes (Bilbao, 1964; Farberman, 2016). Hasta el día de hoy, la cultura y la identidad criolla sigue estando profundamente ligadas a la cría de ganado (Dasso, 2010). Dicho esto, los criollos siempre han practicado también otras actividades, como documentan varios estudios realizados en el Chaco argentino. María Carmadelli, por ejemplo, demostró que los criollos de la provincia de Salta en 2001, además de la ganadería, realizaban otras actividades basadas en la tierra como la caza, el cultivo a pequeña escala y la recolección de frutos del bosque. Asimismo, complementaban sus ingresos con pensiones, asistencia social, venta de artesanía, trabajos ocasionales (*changas*) y pequeños negocios en pueblos locales (Camardelli, 2005). Magdalena Abt, en la provincia de Santiago del Estero, observó medios de sustento similares, que incluían además la apicultura y actividades forestales, como la fabricación de postes para alambrados y la producción de carbón vegetal (Abt, 2015), cuya importancia para los medios de sustento ha sido confirmada posteriormente por otros estudios (del Giorgio et al., 2022; Rueda et al., 2015).

Una característica destacada de la distribución espacial en la ganadería criolla fue y sigue siendo el *puesto ganadero*. Debido a la ausencia de límites formales de propiedad para la mayoría de las explotaciones ganaderas criollas, las familias tendían a asentarse en lugares separados por unos pocos kilómetros para minimizar los conflictos. Esto creó un patrón de asentamiento muy disperso que, combinado con la falta de seguridad en la tenencia de la tierra, hizo que la ganadería criolla fuera vulnerable a las restricciones de acceso y movilidad impuestas por la frontera agrícola comercial (Altrichter y Basurto, 2008). Mientras que en el pasado las actividades de explotación de madera, carbón vegetal, fauna silvestre o recolección de taninos habían tolerado cierto grado de superposición espacial, la expansión agrícola eliminó por completo cualquier otro uso del territorio. Para imponer esa exclusividad y romper el control criollo de las tierras (del Giorgio, 2023), los inversores emplearon diversas tácticas, como la extorsión, los cercados, la negociación desigual y los procedimientos legales, así como el desalojo violento (Goldfarb y van der Haar, 2015) e incluso

asesinatos (Domínguez y de Estrada, 2013; Lapegna, 2013). Los resultados fueron graves limitaciones en el acceso a la tierra para los pequeños propietarios criollos, que rara vez poseían títulos sobre sus tierras (del Giorgio et al., 2021; Matthews, 2023).

La drástica reducción del acceso a la tierra para los pequeños propietarios generó diversas reacciones, a menudo mediadas por movimientos sociales, en particular el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) (Barbetta, 2005; Concha Merlo, 2021b; Leguizamón, 2016). Las reacciones documentadas en la literatura sobre el Chaco argentino van desde la adopción de medidas legales y el fortalecimiento de las reivindicaciones comunitarias sobre la tierra hasta la negociación con los inversores, la venta de tierras y la reapropiación de los bienes comunes a través de encercados (Busscher et al., 2019; Paz, 2020). La disminución del acceso a la tierra también llevó a la gente a reorganizar sus medios de subsistencia. Daniel Cáceres y sus colegas (2010) describen cómo los campesinos chaqueños de la provincia de Córdoba, en Argentina, respondieron a la creciente presión asociada a la llegada de los inversores externos mediante la construcción de cercas, cambios en los tipos de animales criados, modificaciones de sus prácticas de manejo del ganado, así como intensificación de la producción, por ejemplo, mediante la incorporación de variedades exóticas de pastos. Olivia del Giorgio, Robinson y le Polain de Waroux (2022) demostraron de forma similar que las crecientes restricciones en el acceso a las tierras estaban llevando a las familias de la provincia de Santiago del Estero a abandonar la cría de ganado vacuno y caprino, y a depender más de la cría de cerdos, la producción de carbón vegetal y el trabajo agrícola.

Hasta ahora, la discusión se ha centrado principalmente en Argentina, por ser el lugar donde vive la mayoría de los criollos, de donde provienen y donde se ha documentado con mayor detalle sus enfrentamientos con la frontera agrícola. Sin embargo, dado que este estudio se sitúa en Paraguay, conviene hacer un (muy) breve repaso de la historia de la expansión de la frontera agrícola en este país. El Chaco, dentro de Paraguay, fue durante mucho tiempo considerado como improductivo y marginal (Vázquez, 2013, p. 37), en contraste con la parte oriental del país, vista como más “útil” (Souchaud, 2002, p. 37). Aunque la ganadería había incursionado en las zonas más húmedas de la región cercanas al río Paraguay a principios del siglo XX -sobre todo a través de las misiones anglicanas en el territorio de Enxet y Sanapaná-, la gran mayoría del Chaco siguió siendo vista durante mucho tiempo como una tierra “en formación” (Correia, 2023, p. 28). Esta percepción cambió cuando las colonias agrícolas, establecidas a finales de la década de 1920 por los menonitas en el corazón del Chaco Seco, comenzaron a expandirse en la segunda parte del siglo XX (Goerzen, 2013; Kleinpenning, 2009; le Polain de Waroux et al., 2021). La expansión de la frontera agrícola continuó en la década de 1980 con la llegada de inversionistas franceses y alemanes (Vázquez, 2013). Luego se aceleró significativamente en las décadas de 1990 y 2000, cuando las innovaciones en la tecnología agrícola, las mejoras sanitarias y la erradicación de la fiebre aftosa, las nuevas infraestructuras de los mataderos y las perspectivas de grandes beneficios en la industria de la carne vacuna generaron el auge de las inversiones y, con él, una expansión masiva de la frontera agrícola

lejos de las colonias menonitas (le Polain de Waroux et al., 2018). Los inversores extranjeros, especialmente brasileños y uruguayos, llegaron en masa (Glauser, 2009; le Polain de Waroux, 2019), seguidos, en los primeros años de la década de 2020, por los argentinos (“Inversiones argentinas”, 2024). Juntos, estos procesos han hecho del Chaco paraguayo un “paraíso” para ganaderos e inversores (Estudio 3000, 2011) al tiempo que han convertido a Paraguay en el país con los mayores índices de pérdida de bosques de los tres países del Chaco (Baumann et al., 2022).

Área de estudio, datos y métodos²

Este artículo se centra en un territorio de unos 4.000 km² situado en la orilla izquierda del río Pilcomayo en Paraguay y que se extiende desde la frontera boliviana unos 120 km al sur y al este, unos 30 km tierra adentro, al que en adelante llamaré el “Alto Pilcomayo” (Figura 1). Seleccioné esta zona porque combinaba una larga historia de asentamientos de pequeños productores y una expansión particularmente llamativa de la frontera agrícola en las últimas décadas. Al estar ubicada en Paraguay, también ha sido poco estudiada en comparación con otras partes del Chaco. La población de la zona está formada por indígenas Nivaclé, Manjui y Guaraní Occidental, la mayoría de los cuales vive dentro de los confines de dos territorios indígenas, y de criollos argentinos que se trasladaron allí a lo largo del siglo XX, algunos ya en la década de 1900, que están dispersos por el resto del territorio. Desde la década de 1990, la región ha sufrido una drástica conversión de bosques en estancias ganaderas en manos de un diverso grupo de inversionistas, entre los que se incluyen agronegocios paraguayos, directores ejecutivos de grandes empresas de construcción, un gobernador del este de Paraguay, un ex presidente paraguayo, el propietario de un concesionario de automóviles menonita, consorcios de inversionistas uruguayos, un brasileño reconocido por lavar dinero y varios inversionistas franceses y alemanes (le Polain de Waroux, 2024). Todos estos inversionistas, que suelen administrar propiedades de entre 5.000 y 15.000 hectáreas, tienen en común, por si fuera poco, el hecho de ser mucho más poderosos que los pequeños productores criollos e indígenas de la zona.

Este artículo se basa principalmente en los datos recopilados durante seis visitas a la zona entre 2018 y 2024, con un total de 3 meses en la zona de estudio, aunque mi comprensión de la dinámica del uso de la tierra y los medios de subsistencia entre los criollos también ha sido complementada por

² Esta investigación fue aprobada por el Comité de Ética en Investigación I de la Universidad McGill (expedientes REB n° 152-0817, 20-01-031 y 22-02-48). Obtuve el consentimiento oral de todos los participantes, les entregué y les leí una hoja de información sobre el proyecto antes de iniciar las entrevistas.

el trabajo de campo y entrevistas con diversos actores, criollos y otros, en la región del Gran Chaco durante los últimos diez años. El artículo se centra en las historias de las familias criollas, recopiladas a través de entrevistas de historia oral, conversaciones casuales y observación activa. Las entrevistas informales y semiestructuradas con otros actores del territorio (por ejemplo, líderes comunitarios) e informantes clave fuera del área de estudio (por ejemplo, empleados gubernamentales, trabajadores de ONG y misioneros activos en la zona) también contribuyen a mi análisis, el cual llevé a cabo en dos etapas. En primer lugar, analicé las transcripciones de las entrevistas y las notas de campo en busca de temas clave utilizando una codificación abierta y axial para identificar los distintos alcances de las estrategias de la gente en el contexto de la frontera agrícola de los productos básicos. Esto me permitió desarrollar una tipología de respuestas al acaparamiento de tierras, que estructura la sección de resultados. En segundo lugar, para contextualizar y ejemplificar estas diferentes estrategias, seleccioné a 20 individuos y hogares de los que tenía suficiente información y resumí sus estrategias a lo largo de los últimos 50 años en breves memorandos (véase la información complementaria), que luego representé de forma resumida en una línea de tiempo común (figura 2). En la siguiente sección, empiezo presentando esta línea de tiempo y luego hablo de cada estrategia individual.



Figura 1: Zona de estudio. La zona naranja más oscura indica el área donde se realizó el trabajo de campo.

Respuestas al acaparamiento de tierras

La mayoría de los ganaderos criollos con los que hablé en el Alto Pilcomayo se habían enfrentado, en un momento u otro, a una amenaza de desalojo por parte de un inversionista de tierras. Normalmente, alguien, muchas veces un administrador que actuaba en nombre del inversionista, se había presentado un día frente a sus puertas y les había dicho que la tierra era suya, pidiéndoles que se fueran u ofreciéndoles un acuerdo. Estos acontecimientos -la irrupción de inversionistas con

solicitudes de reclamos de tierras- se representan con íconos rojos de hombres trajeados en la figura 2 abajo, mientras que las líneas horizontales representan trayectorias y estrategias individuales o familiares a lo largo del tiempo. Por ejemplo, A., que había abandonado el Alto Pilcomayo desde joven para trabajar en el Chaco central, pero regresó a mediados de la década de 1990 para instalarse al lado de la casa de sus padres, tuvo que marcharse de nuevo cuando apareció un inversionista diciendo que era el propietario de las tierras de la familia y compró la solicitud de reclamo de tierras de sus padres. A. y su esposa se reubicaron en las cercanías, pero volvieron a ser desalojados dos veces. La segunda vez, recibieron una compensación económica mínima. A principios de la década de 2000, finalmente se asentaron en una parcela que sabían que era tierra pública y, unos años más tarde, iniciaron el proceso de titulación. Cuando un inversionista intentó desalojarles de nuevo a finales de la década de 2000, pudieron impugnar con éxito la demanda ante los tribunales con la ayuda de un vecino. Con el tiempo, A. consiguió reunir un rebaño de ganado y convertir parte de sus tierras a pasturas. Su rebaño, fuertemente reducido por múltiples años de sequía, seguía produciendo pocos ingresos cuando le conocí, por lo que vivía principalmente de los salarios que ganaba trabajando en una estancia brasileña cercana. Aún no había podido reunir el capital suficiente para completar la titulación de las tierras, lo que le dejaba vulnerable a otros desalojos. A continuación, discuto las diferentes reacciones y estrategias que surgieron del análisis, refiriéndome ocasionalmente a historias individuales como ésta. Divido las reacciones en tres categorías: las que tratan de impedir las transacciones de tierras, las que tratan de mitigar su impacto alterando su implementación y las destinadas a adaptarse a las condiciones que imponen.

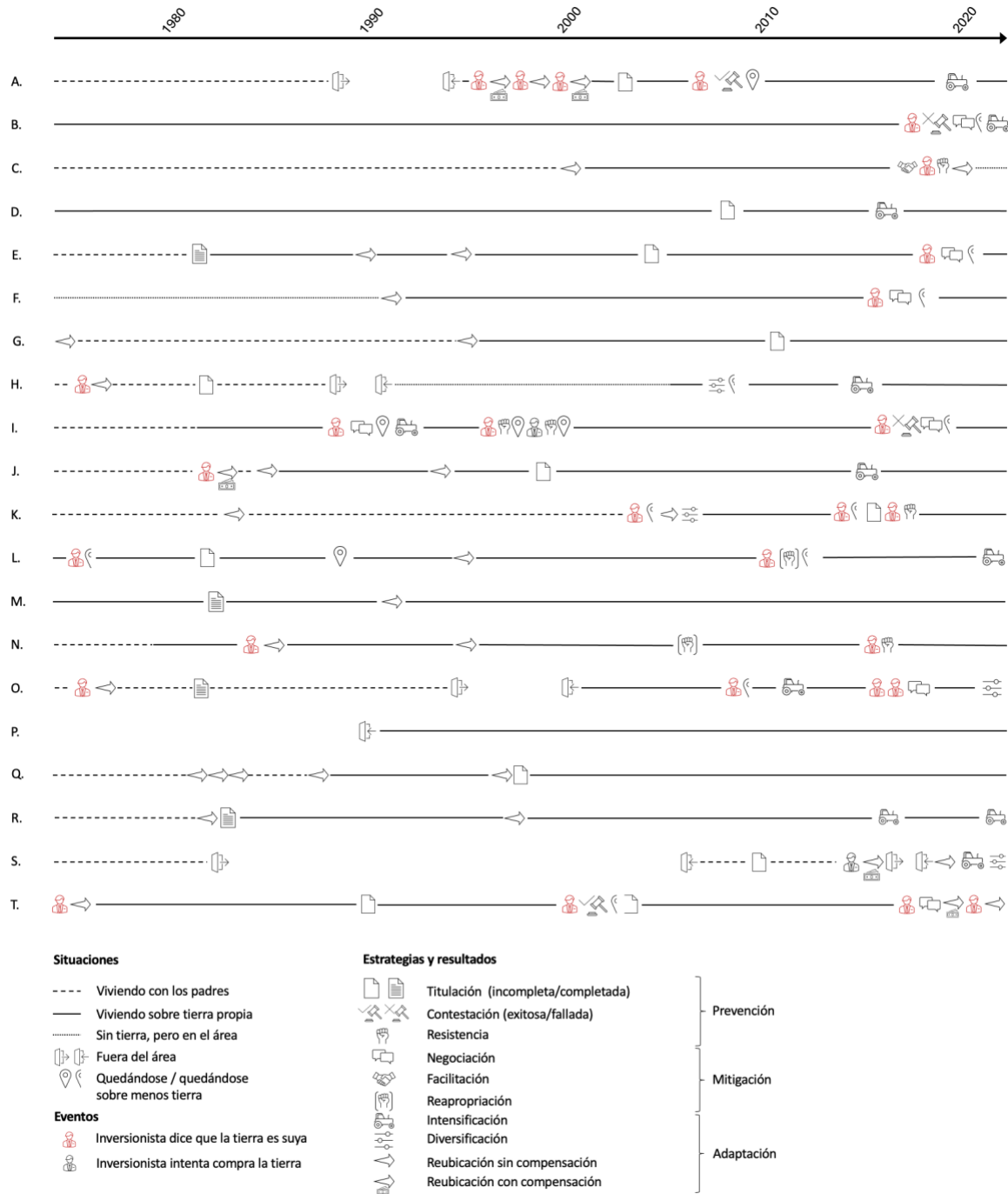


Figura 2: Cronología de los reclamos de tierras y las reacciones. Cada línea representa a un individuo y su hogar. Los iconos muestran el calendario de las reclamaciones de tierras y las respuestas de los inversores. Un resumen narrativo de la trayectoria de cada familia está disponible en la Información complementaria al final de este documento.

Prevención

Titulación de tierras

Los derechos formales sobre la tierra no eran una preocupación primordial cuando las familias criollas se asentaron por primera vez en el lado paraguayo del Pilcomayo, que estos primeros colonos veían como una frontera abierta y “vacía”. Los criollos más antiguos suelen referirse a ella como un “desierto”, un término que se hace eco de las narrativas utilizadas históricamente por el gobierno argentino para justificar la conquista de territorios indígenas. Sin embargo, esta relación con la propiedad de la tierra empezó a cambiar a medida que la frontera de inversiones ingresaba en el Alto Pilcomayo. “Se ocupaba, no se medía ni se compraba”, me dijo R. en 2023, “pero ahora nadie va a venir a entrar, si no viene a medir, o sea que alguien le vende, así es, no es más así como nosotros entramos antes”. La propiedad privada era el lenguaje utilizado por los inversionistas y reconocido por el gobierno paraguayo, por lo que, para sobrevivir en un territorio cada vez más poblado, los criollos no tuvieron más remedio que adoptarlo.

La mayor parte de las tierras cercanas al Pilcomayo, hasta finales del siglo XX, eran tierras del gobierno, a diferencia del resto del Chaco paraguayo, que fue fuertemente privatizado tras la guerra de la Triple Alianza de 1864-1870. En 1983, el Instituto de Bienestar Rural (ahora Instituto Nacional de Desarrollo Rural y de la Tierra, o INDERT), organismo responsable de llevar a cabo la reforma agraria y de asignar tierras públicas a los pequeños ganaderos del Paraguay, instaló una oficina en la localidad de Pozo Hondo para facilitar la titulación de tierras a las familias locales. Algunos hogares aprovecharon la oportunidad, la mayoría, sin embargo, no lo hizo, por varias razones. Pocas personas disponían del capital financiero necesario para levantar alambres y pagar el IBR por la tierra. Los que lo hicieron, normalmente sólo pudieron reclamar cantidades de tierra menores de las que realmente utilizaban, e incluso cuando podían haber reclamado más, muchas veces subestimaron la cantidad de tierra que necesitaban. Varios de los que iniciaron el proceso de titulación no pagaron todas sus cuotas y sus reclamos caducaron al cabo de un tiempo. La gente también desconfiaba de los empleados del IBR, de quienes sospechaban que inflaban los costos de titulación de tierras. Por último, muchos simplemente no percibían la necesidad de los títulos de propiedad, porque no podían imaginar que un lugar que habían colonizado a pie y a lomo de mula, desbrozando bosques espinosos con machetes lejos de cualquier carretera o ciudad, pudiera atraer a inversionistas. La gente, recordaba un residente, cuando se enfrentaba a la idea de que la frontera agrícola se expandiera en su dirección, simplemente pensaba “[Es] una tontería, nadie va a venir acá... ¿quién lo que va a venir?”. (Hija de L., 2022). Como resultado, muy pocas personas de la zona tienen hoy en día títulos de propiedad que se remonten a la explotación del IBR.

Sin embargo, a finales de la década de 2000, cuando la frontera de la inversión empezaba a abrirse paso en la zona (Figura 3), se hizo evidente para muchos que los títulos de propiedad de la tierra

iban a ser necesarios si querían seguir viviendo como ganaderos. Como me dijo Q., "Yo cerré porque dije "Quién esta ruta hizo, esta ruta el día que nos cierre, se van a venir, y si me encuentran, así como, asentado nomás, van a decir 'Este es mío', entonces, cerré y dejé una puerta, porque la persona que venga, va a entrar por la puerta". (Q., 2023). La gente volvió a poner las cosas en marcha para obtener títulos de propiedad. Encargaron a agrimensores que midieran el perímetro de la tierra que reclamaban, levantaron alambres a su alrededor y presentaron solicitudes de títulos de propiedad ante el INDERT. Aunque no era definitiva, una solicitud presentada para obtener un título de propiedad de la tierra era un elemento disuasivo potencial para los inversionistas externos, que normalmente ofrecían comprársela a las familias criollas para evitar tener que ir a juicio.

A fin de cuentas, sin embargo, algunos de los mismos retos a los que se habían enfrentado los pequeños ganaderos en la década de 1980 seguían siendo importantes en la década de 2000. Aunque la gente ya no dudaba de que titular la tierra fuera una buena idea, el capital financiero seguía siendo escaso para la mayoría. El costo de la compra de tierras al INDERT había aumentado significativamente, al igual que todos los demás costos asociados a la titulación de tierras. La confianza en las instituciones también se mantenía baja, y los casos de agrimensores o abogados que se ponían en contra de los solicitantes y del lado de los inversionistas resonaban por toda la zona como una prueba para los criollos de que estaban solos. Por último, muchos criollos, especialmente las generaciones de las personas mayores, eran analfabetos funcionales, lo que dificultaba aún más el complejo proceso de titulación de tierras sin ayuda.

Y dicha ayuda era escasa en el Alto Pilcomayo. La zona contrasta fuertemente con lugares como Santiago del Estero, en el Chaco argentino, donde los movimientos sociales y las ONG son omnipresentes y han sido fundamentales para apoyar el acceso a la tierra de los pequeños propietarios. La principal forma de organización comunitaria entre los criollos del Alto Pilcomayo eran las "comisiones vecinales", formadas sobre todo para responder a las necesidades del municipio, que requiere un interlocutor institucional para realizar proyectos. Estas comisiones coordinaban cosas como la distribución del agua y ocasionalmente se ocupaban de cuestiones relacionadas con la tierra, pero tendían a politizarse rápidamente y, por lo general, conseguían pocos resultados. Algunas "comisiones de tierra" (o "comisiones pro-tierra"), que eran independientes del municipio, se formaron específicamente para resolver cuestiones relacionadas con la tierra. Algunas consiguieron obtener títulos de propiedad para unos pocos solicitantes, pero carecían de medios para hacer mucho más, y sus líderes fueron acusados habitualmente de no hacer lo suficiente o de priorizar sus propios intereses sobre los de otros residentes. Un par de otras comisiones que representaban a los pequeños productores ("comisiones de pequeños productores") se formaron en las décadas de 2000 y 2010, pero tuvieron problemas similares y sólo sobrevivieron unos pocos años. En general, las instituciones comunitarias tuvieron dificultades para ganarse y mantener la confianza, y las divisiones internas destruyeron rápidamente los intentos de trabajar juntas en torno a las cuestiones de la tierra. Mientras tanto, la ayuda externa para la titulación de tierras, ya fuera del

gobierno o de ONG, era prácticamente inexistente. Al parecer, el municipio de Mariscal Estigarribia, que abarca la zona de estudio, había planeado enviar en 2020 a un abogado para ayudar a las comunidades criollas con la titulación de tierras, pero esta persona falleció durante la pandemia de COVID-19 y el proyecto se abandonó. Según un empleado del municipio, era difícil encontrar personas que estuvieran a la vez cualificadas, fueran honestas y estuvieran dispuestas a visitar zonas remotas como el Alto Pilcomayo.

El proceso de titulación de tierras también enfrentó a menudo a las familias criollas entre sí en el intento de asegurar su propio terreno, en parte porque sólo las parcelas que no habían sido reclamadas ya por inversionistas externos tenían posibilidades de ser tituladas, lo que hizo que la oferta total de tierras fuera mucho más escasa de lo que parecía antes de la irrupción de la frontera ganadera. Abundan las historias de personas que titulan tierras a espaldas unas de otras, que intentan reclamar el mismo terreno o incluso que socavan activamente las reclamaciones de los demás, por ejemplo, cortando los alambres o destruyendo propiedades. M., por ejemplo, me habló en 2023 de una señora que había estado viviendo en su propiedad. “Hace mucho que ella ha venido, y ella quería mensurar, y yo le dije; cómo vas a mensurar sobre nosotros. Allá estaba [X] ahí, haciendo pique; no vas a hacer, yo le dije, porque yo no te voy a dejar. [...] Y ahí ha dejado [...] Si es alambrado tenés que respetar.”

Contestación legal

Otra posible respuesta a los acuerdos sobre tierras era combatirlos en los tribunales. En teoría, el Código Civil paraguayo protege del desalojo a las personas que puedan demostrar veinte años de presencia continuada en la tierra. En la práctica, las mismas dificultades que la gente encontraba en la titulación de las tierras se extendían a la contestación de las demandas de los inversores. Cualquier intento de luchar contra la toma de tierras dependía necesariamente de contratar abogados, lo que para los ganaderos criollos significaba que tenían que vender animales para pagar sus honorarios. Uno de los sobrinos de E. me contó en 2019 que cuando un inversionista, un par de años antes, había empezado a alambrear una parte de la tierra para la que había presentado una solicitud en 2008, acudió a los tribunales y ganó, pero perdió mucho dinero en el proceso. Un vecino en una situación similar tuvo que vender sus vacas lecheras, dijo.

Ni siquiera gastar grandes cantidades de dinero en honorarios de abogados era una garantía. Varias personas con las que hablé habían tenido la experiencia, o conocían a alguien que la había tenido, de abogados que reunían toda la información que necesitaban para defenderles sólo para ponerse del lado de los inversionistas y usar esa información en contra de ellos. El hijo de I., por ejemplo, explicó que sus padres habían gastado mucho dinero intentando defenderse de un inversionista, un

político que había intentado desalojarlos en la década de 2010. “Ahí gastaron mucho ellos, mucho, sí. [...] Más de, 30 millones gastaron” [más de 5.000 dólares de la época], en un abogado que acabó defendiendo a la otra parte y reteniendo el único documento que tenían y que podría haberles ayudado en su caso. Como resultado, la mayoría de la gente desconfiaba profundamente de los abogados y pocos consideraban la contestación legal como una opción viable. Cuando le pregunté a O., que estaba en medio de un conflicto de tierras que le enfrentaba a no menos de tres inversores diferentes, si estaba considerando la posibilidad de conseguir la ayuda de un abogado, me contestó: “No confío más en los abogados. Acá es jodido, el abogado mismo se vende después y te traiciona” (O., 2023).

Estos problemas se vieron agravados por el hecho de que, en la mayoría de los casos, los pequeños ganaderos criollos ni siquiera conocían el grado de legitimidad de las reclamaciones presentadas por estos inversores y, por lo tanto, ignoraban sus posibilidades de ganar en los tribunales. A la mayoría de las personas a las que pregunté, nunca les habían enseñado el título de propiedad de la persona que decía ser propietaria de la tierra en la que vivían, incluso después de pedir verlo. Debido a la falta generalizada de alfabetización y familiaridad con el sistema legal, la mejor oportunidad de la gente para ganar un caso legal era obtener el apoyo de personas de confianza que entendieran el sistema. A., por ejemplo, pudo ganar contra un inversionista porque, además de haber presentado ya una solicitud formal de un título de propiedad, lo que jugó a su favor, fue que contó con la ayuda de un vecino, un comerciante de fuera de la zona que sabía desenvolverse mejor en el sistema legal.

Debido al alto costo de la disputa legal, incluso si ganaban, la gente se quedaba con los recursos agotados, lo que les hacía potencialmente más vulnerables al reclamo del siguiente inversionista. El caso de T. es ilustrativo. Un argentino que se trasladó al lado paraguayo del río Pilcomayo cuando era joven, había sido desalojado una primera vez en la década de 1970 y posteriormente se asentó en un terreno más alejado del río. T. había presentado una solicitud de titulación de 4.000 hectáreas a principios de la década de 1990 con la ayuda de un abogado que se pagó a sí mismo extrayendo madera preciosa de *palo santo* de la propiedad (lo que era ilegal). T., sin embargo, nunca pagó sus cuotas, por lo que, al cabo de 10 años, su solicitud caducó. Sabiendo esto, su hijo empezó a anunciar la venta de la tierra a sus espaldas, y pronto, un inversionista brasileño se presentó afirmando ser el nuevo propietario. T. contrató al mismo abogado para hacer frente a ese reclamo y consiguió retener 1.000 hectáreas. Una década más tarde, apareció otro inversionista, esta vez alegando que había deudas pendientes, así como una orden de arresto contra él, vinculada a la explotación ilegal de *palo santo* en su propiedad en los años noventa. Podían hacer que todo desapareciera, pero él tendría que firmar la venta de sus tierras, le permitirían quedarse allí mientras resolvía sus próximos pasos. No tuvo otra opción más que firmar, se compró una casita en Argentina con el dinero de la venta, pero se quedó en la tierra. Un par de años más tarde, un inversionista uruguayo se presentó, alegando de nuevo ser el legítimo propietario de la tierra, y le pidió que se marchara inmediatamente. Cuando nos vimos por primera vez en 2023, T., ya bastante mayor, se preparaba

para marcharse tras casi 50 años de vida en la misma parcela. Cuando volví seis meses después, sus vecinos me dijeron que su mujer y él habían abandonado la casa y se habían trasladado al otro lado del Pilcomayo, a Argentina. Como muestra la figura 2, muchas personas, como T., se enfrentaron a múltiples intentos de desalojo a lo largo de su vida. Para los que no tenían títulos de propiedad válidos, la carga financiera y psicológica de tener que luchar contra un inversionista tras otro acababa siendo a veces demasiado pesada de soportar.

Resistencia abierta

Una tercera vía para los que trataban de impedir el acaparamiento de tierras era la resistencia abierta: oponerse directamente al acaparamiento mediante acciones individuales o colectivas extralegales. Esta estrategia era relativamente rara en la zona. De hecho, dadas las enormes desigualdades de poder en juego, era a la vez peligrosa e improbable que tuviera éxito. Un caso notable, un grupo de inversionistas franceses intentó desalojar a toda una comunidad que se había formado a finales de los años noventa cuando los empleados del Ministerio de Obras Públicas (MOPC) se instalaron junto a un campamento del ministerio. En aquel momento, la tierra tenía la apariencia de no tener dueño, aunque los documentos del gobierno indican que la mayor parte de la zona ya había sido asignada a amigos del régimen de Stroessner. Durante la década siguiente, el asentamiento creció y consiguió una escuela y una iglesia. Cuando unos inversionistas adquirieron el terreno en el que se asentaba la comunidad a finales de la década de 2000, les ofrecieron un trato: en lugar de desalojarlos, concederían a la comunidad 130 hectáreas para que se quedaran. La mayoría de los miembros, sintiendo que no tenían otra opción, firmaron, pero el líder de la comisión vecinal de tierras, que se había trasladado allí desde el este de Paraguay y estaba más familiarizado con las luchas organizadas por la tierra, consideró que este acuerdo era inaceptable. Solicitó en su lugar que se concedieran a la comunidad 4.000 hectáreas para vivir, la mitad de la propiedad del inversionista. Cuando esta petición fue rechazada, él y otra persona del este de Paraguay reunieron a gente de las comunidades cercanas para bloquear las excavadoras que estaban a punto de despejar el perímetro de la propiedad. La respuesta no se hizo esperar: los dos líderes fueron detenidos por la policía paraguaya y la protesta disuelta. El diario ABC Color de Asunción describió a los dirigentes como forasteros y delincuentes, y a las familias criollas como “falsos sintierras” y “personas de ascendencia boliviana” que en realidad no trabajaban la tierra, al contrario de lo que afirmaban. Al momento de escribir esto, a pesar de que el acuerdo les limitaba a 130 hectáreas, en la práctica los inversionistas estaban dejando que la comunidad utilizara unas 400. Sin embargo, eso estaba muy lejos de ser suficiente para que los residentes locales pudieran vivir del pastoreo o de otras actividades basadas en la tierra, y el crecimiento de la comunidad se vio impulsado por otros tipos de medios de subsistencia, como el empleo en estancias y en el MOPC.

Otro caso de resistencia abierta en una comunidad cercana tuvo más éxito. Allí, los residentes ya habían iniciado la titulación de un terreno antes de que un consorcio de inversionistas uruguayos apareciera en la década de 2010 reclamándolo como parte de una propiedad que habían comprado justo al norte del asentamiento criollo. Cuando los uruguayos enviaron excavadoras para despejar el terreno, la comunidad se levantó. “Y ellos venían con máquinas, a trabajar, a hacer picadas” recordó M. en 2022, “y de eso nosotros hemos ido ahí. [...] Y ahí a pararles las maquinas. Y pararon, porque ese pedazo era... teníamos nosotros título.” Cuando le pregunté si eso no había sido peligroso, respondió: “Y solamente para que paren, [es] teniendo título, después de otra manera te van a decir ‘bueno, hoy día me desocupa el lugar, bueno, fuera ya’. Y así a muchos les han dicho así, si quieren ocupar, ¿qué va a hacer?”. La protesta no impidió que estos inversionistas instalaran su campo y tumbaran el bosque justo al lado de la comunidad, en un terreno que había sido utilizado en común, pero sí les obligó a ceder al pedazo de tierra que ya había sido reclamado formalmente por las familias criollas.

Por último, algunas personas también declararon haberse enfrentado individualmente a la intimidación. Varios hombres relataron con cierta bravuconería las veces que habían “echado” a alguien que había intentado desalojarles. N., por ejemplo, me contó que los administradores de una estancia cercana habían, visiblemente armados, pedido que abandonara la zona y amenazado con traer a la policía para desalojarle. N. recuerda haber devuelto la amenaza al inversionista, diciéndole que “si ustedes me corren, entonces yo no voy a vivir acá porque usted me corre, pero usted tampoco no va a vivir acá. Y me dice ‘y por qué si yo soy dueño’. Y le respondí ‘No, usted no va a vivir acá, y yo no voy a tener problema de venir con una escopeta y meterle escopeta. Entonces, yo no vivo porque usted me corre, y usted no va a vivir porque yo le voy a meter escopeta’. Y quedamos ahí, se fue y nunca más no volvió hasta ahora” (N. 2022). El marido de I. me habló de la vez que un inversionista francés intentó apoderarse de sus tierras: “Salió el francés. Lo he sacado ya de aquí al francés. Yo lo saqué de malas. (...) Cuerpo a cuerpo ya iba a ser con nosotros. Sin la autoridad.” K., en una conversación en 2023, me contó que estaba contemplando la posibilidad de echar al personal de un inversionista que estaba ocupando las tierras de su familia y quemar sus pertenencias. Sin embargo, a pesar de todo el discurso valiente, ese tipo de desafío era raro y podía ser peligroso. Los inversionistas tenían a la policía y a los políticos de su parte, y varios de ellos contrataron a militares armados para hacer el trabajo sucio. En 2019, C. se negó a firmar un acuerdo con un inversionista que le habría dejado una parcela de tierra y algo de dinero, con la esperanza de poder conseguir un acuerdo mejor con la ayuda de otro intermediario. No mucho después, una milicia armada quemó su casa y les echó a él y a sus hijos de la propiedad.

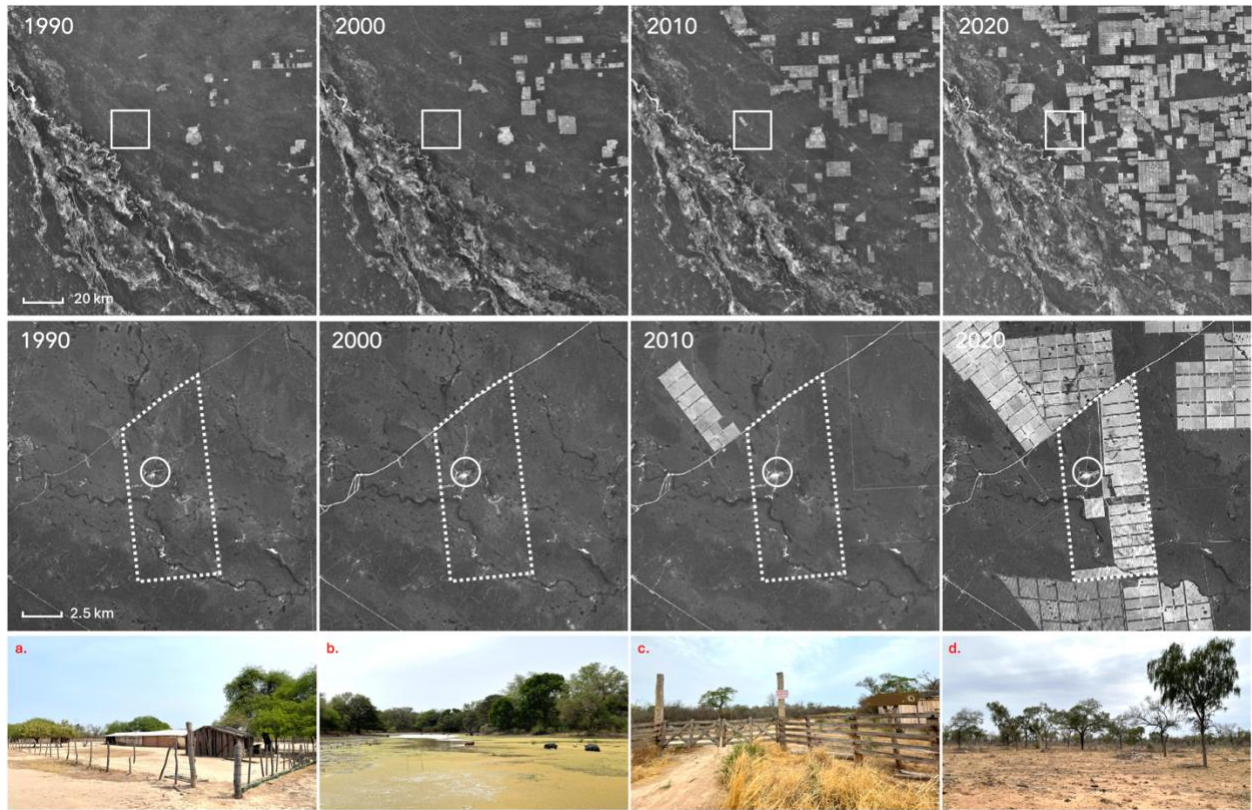


Figura 3: Dinámica de reclamación de tierras en la zona de estudio. Las dos primeras filas son composiciones de imágenes Landsat anuales de los años 1990, 2000, 2010 y 2020, extraídas de Google Earth mediante la función de historial del programa. La segunda fila es una versión ampliada de los recuadros de la primera fila. Los círculos abarcan la ubicación de un puesto criollo (foto a.) y la represa junto a la que se encuentra (b.). Los polígonos punteados indican los límites aproximados de las tierras reclamadas por las personas que viven en este puesto. La foto c. muestra la puerta de una estancia de inversores que hay que cruzar para llegar al puesto en cuestión y la d. muestra una pastura seca de pequeños ganaderos en otro lugar de la zona de estudio. Las zonas más claras de las imágenes de satélite corresponden a estancias a gran escala, que se pueden ver rodeando progresivamente el puesto criollo e invadiendo su reclamación de tierras.

Mitigación

Negociación

La mayoría de los inversores que compraron tierras en las que vivían ganaderos criollos intentaron negociar con ellos y llegar a algún acuerdo para evitar tener que desalojarlos o enfrentarse a ellos en los tribunales. En los casos en los que el inversionista reconocía la posible validez del reclamo del pequeño ganadero, la negociación giraba en torno a la cantidad de la indemnización necesaria para que desalojaran la tierra. Mientras que algunos ganaderos criollos no querían marcharse bajo ninguna circunstancia, varias personas con las que hablé, por la cantidad de dinero adecuada, estaban dispuestas a reubicarse. O., por ejemplo, me contó que un inversionista cuyo reclamo abarcaba su terreno, pero que reconocía que O. posiblemente ganaría si acudían a los tribunales, le preguntó una vez cuánto querría por su tierra. “Y, le digo, dame ahora mismo un tractor y 250 millones [~ 35.000 dólares], y ¡ya!”. Q., al explicar por qué alambro su tierra, me dijo que así mejoraría su poder de negociación si alguien se presentaba con un título de propiedad en la mano: “Y entonces, si viene con un papel que él es [el dueño]... no hay problema, va a ser tuyo, hermano. Pero págame [las mejoras] que yo hice acá. Ese es mío, ese ya es mío.”

En otros casos, la negociación trataba sobre la cantidad de tierra que los inversionistas estarían dispuestos a dejar que las personas siguieran ocupando. Sin embargo, estas negociaciones fueron muy desiguales y, en la mayoría de los casos, las personas firmaron cualquier oferta que se les hiciera bajo presión y amenazas de desalojo. No conozco ningún caso en el que los individuos pudieran obtener más tierra de la que se les ofreció inicialmente. B. y su esposa, que llevaban 50 años viviendo en el mismo lugar, me contaron que cuando un hombre se presentó en 2019 afirmando ser el propietario de sus tierras, les presionó para que firmaran un acuerdo que sólo les dejaba unas 500 hectáreas de una zona inundable. “Y bueno, y después decían que si nosotros no aceptábamos... nosotros no queríamos aceptar, y después decían ellos que, si no aceptábamos, nos van a hacer volar. [...] Y ¿qué vamos a hacer nosotros? Tenemos que desistir.” Cuando la gente negociaba con más dureza, los inversores podían utilizar tácticas para dilatar, como en el caso de I., donde uno de sus hijos intentó obtener más tierras de las que los inversores habían ofrecido inicialmente, y consiguió que llegaran a un acuerdo verbal, sólo para enterarse más tarde de que el hijo mayor, y nadie más, tenía que ser quien firmara el acuerdo - dio la casualidad de que el hijo mayor estaba trabajando en Asunción y no pudo venir en ese momento, y el acuerdo nunca se firmó, lo que probablemente era la intención.

Como ilustra el caso de B., la cantidad de tierra en la que se permitía permanecer a la gente era siempre mucho menor que la que habían estado utilizando. En muchos casos, esa tierra también se encontraba en la reserva forestal de los inversores, una porción del 25% de cada propiedad privada que debe dejarse sin utilizar y mantenerse bajo cubierta forestal para la conservación de la naturaleza

(Resolución 729/2000). Esta era una forma de que los inversores minimizaran el impacto de tener que tolerar a los pequeños ganaderos en su propiedad, ya que de todas formas no podían utilizar esa tierra de forma productiva. Pero además de ser ilegal, esto imposibilitaba a los pequeños propietarios llevar a cabo cualquier cambio en la cobertura vegetal de estas zonas, e impedía cualquier vía para legalizar los títulos de propiedad de la tierra para ellos. A mediados de la década de 2010, por ejemplo, un grupo de inversores uruguayos que querían limpiar el terreno de una propiedad que acababan de adquirir aceptaron que una familia que se había asentado en esa tierra a finales de la década de 1990 siguiera utilizando unas 400 hectáreas, pero convirtieron esa sección de su propiedad en su reserva forestal, algo que la familia desconocía en un principio (un vecino dijo que los inversores habían sido amables, ya que podrían haberlos desalojado sin más). La familia pronto se dio cuenta de que mantener a sus animales estrictamente dentro de los límites de ese terreno más pequeño sin poder despejar una parte del terreno era demasiado restrictivo, por lo que vendieron su propiedad a los inversores y se trasladaron a una zona con algunas tierras no reclamadas a orillas del Pilcomayo.

Cuando la gente pudo negociar algo, la mayoría de las veces fue en términos de algún otro tipo de compensación. Algunos, por ejemplo, como T., negociaron el derecho a permanecer unos años en la tierra hasta que resolvieran sus próximos pasos. Lo más frecuente era que negociaran que los inversores les cavaran un pozo, les ayudaran a alambrar o deforestar un terreno, les dieran algo de dinero o les ayudaran con el propio proceso de titulación. Los inversores, ansiosos por cerrar un trato, a menudo accedían a estas exigencias o incluso ofrecían voluntariamente esa ayuda. Esto le ocurrió a F., a quien los inversores, cuando estaban en proceso de comprar tierras alrededor de su propiedad, “le traían mercaderías, le traía... ¡uh, de todo!”, según me contó un vecino suyo, “y después ya venían... había sido que ellos ya estaban comprando, le decían [...] que le iban a titular su terrero, y que le van a echar monte, su pastura, su casa. Y este, que la persona se vaya ilusionando. Y ahí, después terminaban aceptando también.”

Algunas personas sí vieron materializarse algunas de estas promesas. Por ejemplo, cuando la familia de J. fue desalojada por un inversor en los años ochenta y se trasladaron fuera de la propiedad, el hombre les cavó un pozo y limpió el perímetro de una parcela de 1.000 hectáreas como compensación. Este fue un primer paso para solicitar un título de propiedad y ayudó a la familia a obtenerlo finalmente. Este tipo de “generosidad” era posible en aquella época porque aún quedaban muchas tierras sin reclamar. En la mayoría de los casos, sin embargo, la gente informaba de que los inversores nunca cumplían sus promesas y, por supuesto, no había forma de hacerles rendir cuentas. F., cuando le pregunté en 2024, me confirmó que los inversores no habían hecho nada de lo que le habían prometido – aunque él seguía esperando que fuera porque no podían, ya que la carretera estaba en mal estado y el río estaba en medio, y no porque nunca hubieran tenido intención de hacerlo en primer lugar.

Reapropiación

Algunas personas que se enfrentaban a restricciones cada vez mayores en el acceso a la tierra promulgaron lo que puede considerarse una forma de resistencia cotidiana al optar por ignorarlas y seguir utilizando la tierra como lo hacían antes, aunque ello supusiera arriesgarse a entrar en conflicto con los inversores. No era raro que la gente dejara entrar a sus animales en propiedades privadas, y algunos entraban en las propiedades para recoger leña, miel o ir de caza. Una persona me presumió de haber dejado a una de sus vacas durante varios meses en una estancia vecina para que quedara preñada de uno de sus toros de pura raza. Algunos terratenientes incluso toleraban que los pequeños propietarios entraran en la reserva forestal de sus propiedades y sólo pedían que se les informara de ello. Otros, sin embargo, adoptaron una actitud más hostil. O., por ejemplo, relató que el administrador de la propiedad vecina había ordenado a sus empleados que dispararan a cualquier animal suyo que entrara en la propiedad

En los casos en los que la propiedad del inversor estaba alambrada, pero no explotada, la ausencia de vigilancia sobre el terreno podía facilitar relativamente la entrada y salida de personas. En un par de casos, grandes estancias de las que se había desalojado a personas fueron abandonados posteriormente durante algunos años. Una de ellas permaneció desocupada durante más de una década, en los años 90 y 2000, durante la cual la comunidad vecina empezó a dejar entrar de nuevo a sus animales en la propiedad. Del mismo modo, cuando el propietario de otra antigua *estancia* empezó a dejar de invertir en la propiedad y más tarde murió, el administrador local que se había quedado dejó que las familias de la zona metieran sus animales. Estos actos de reapropiación del acceso eran temporales y dependían en gran medida de la buena voluntad (o de la ausencia) de los propietarios, lo que también significaba que cultivar buenas relaciones con ellos permitía a algunos seguir accediendo a determinados espacios y recursos.

Facilitación

La manera que tuvieron algunos de mitigar los impactos de la expansión de la frontera agrícola-ganadera fue ayudando a los inversores. La llegada de inversores a la zona del Alto Pilcomayo brindó oportunidades a los lugareños, que tenían la ventaja de conocer muy bien la zona y de entender las reclamaciones ya presentadas sobre la tierra. Como resultado, unos pocos individuos se posicionaron como intermediarios de información para estos inversores externos. De esta manera, consiguieron ganar dinero que reinvirtieron en la compra y titulación de propiedades para sí mismos y en el desarrollo de estas propiedades. Sin embargo, lo hicieron a costa de romper lazos con sus vecinos y su comunidad. Por ese motivo, era más habitual que estos intermediarios fueran personas recién llegados a la zona.

En una comunidad, un hombre que había llegado en la década de 1990 a la zona aprovechó su nivel de educación relativamente superior y su perspectiva externa (me dijo que había previsto mucho antes que los demás la llegada de la frontera de la inversión) para apropiarse primero de grandes cantidades de tierra para sí mismo y luego orientar a otras personas hacia tierras sin reclamar o con reclamos débiles. El hijo de E., hablando de otra persona, explicó que “hay personas que son conocedoras del lugar cómo ese X., ellos antes vinieron como macateros, como fruteros y después se juntaron ahí, le conocen bien la gente, se pusieron así de lugar y consiguieron lugar, [...] son de allá de Asunción y conocen pues del tema del trámite de tierra y todo eso. [...] Claro, ellos ya traen personas que pueden comprar, que pueden solicitar, que pueden extorsionar vamos a decir, a la gente. X. andaba con alguna gente, él dijo, cuando aquí cuando vino dijo, ‘esa gente tiene título, que ustedes tienen que negociar’. Claro y él estaba también [...] Claro, era comisionista”.

Algunos residentes, ansiosos de aprovecharse del frenesí en torno a la tierra, también tomaron la iniciativa de reclamar terrenos más allá de lo que sus compañeros reconocían como suyos para venderlos a inversores externos, a veces sin el conocimiento de sus vecinos. En el caso de I., por ejemplo, un vecino, con el pretexto de necesitar utilizar la tierra durante unos meses en un momento de crisis, presentó una solicitud en su propio nombre y luego vendió su reclamación a un inversor, todo a espaldas de I. La familia intentó acudir a los tribunales y negociar con el inversor, pero fue en vano, y acabaron quedándose sólo con unas 200 hectáreas, una fracción de la tierra que habían estado utilizando. En otro caso, un hombre, con el apoyo de un actor externo, solicitó la titularidad a su nombre de unas 2.000 hectáreas que eran utilizadas por la comunidad, para luego poder venderlas.

Adaptación

Intensificación de la ganadería

La ganadería criolla tradicional es extremadamente extensiva. Incluso para aquellas personas que pudieron asegurarse un pedazo de tierra, ésta solía ser insuficiente para seguir practicando la ganadería como lo habían hecho en el pasado, especialmente con las graves sequías que afectaban a la región cada vez con mayor frecuencia. Además, en las parcelas tituladas empezaba a plantearse el problema de la herencia. Por ejemplo, R. y su marido consiguieron titular 1.200 hectáreas antes de que la mayoría de los inversores llegaran a su zona, lo que significó que ella y sus hijos nunca tuvieron que temer el desalojo. Pero sus 9 hijos ya eran adultos y varios de ellos criaban su propio ganado. Aunque 1.200 hectáreas era una buena cantidad de tierra para una familia, una novena parte de eso es demasiado poco para llegar a fin de mes con la ganadería tradicional en el Chaco.

Como resultado de esta creciente escasez de tierras, la gente buscó oportunidades para intensificar la producción. Una forma de hacerlo era mediante mejoras genéticas en el ganado. Una pequeña ganadera local me contó en 2019 que había ahorrado dinero ganado trabajando para un comerciante local para comprar un carnero de pura raza (por un millón de guaraníes, o unos 170 dólares de la época) de una raza (Santa Inés) que producía menos lana pero más carne que las que tenía, para poder hacer una transición progresiva del rebaño: la lana ya no era rentable. O., como la mayoría de los demás en la zona, había pasado del ganado criollo, una raza mixta que evolucionó en el bosque chaqueño durante siglos y que es muy robusta pero poco productiva, a razas más nuevas, como la Brahman o la Angus, que crecían más rápido y podían venderse a estancias, pero solían ser más delicadas. Estas nuevas razas se podían adquirir fácilmente en las estancias de los alrededores. Una comisión de productores locales también ayudó a facilitar la compra de un toro Brahman a buen precio para varias familias de la zona.

Este cambio en la genética del ganado solía ir acompañado de la plantación de pastos exóticos (Gatton Panic o Buffel grass) en una parte de sus tierras, sobre todo tras eliminar los árboles, aunque unos pocos también mantuvieron una cobertura arbórea. Aunque siempre hubo algunas personas que habían limpiado pequeñas pasturas a mano, el desmonte más sistemático de parcelas más grandes (de 10 a 100 hectáreas) con topadoras para pastos exóticos, emulando el modelo de producción de los ganaderos a gran escala, no empezó a despegar hasta mediados de la década de 2010. La gente lo hacía para compensar lo que consideraban una falta de forraje en el bosque, resultado de los cercados combinados con sequías recurrentes y agravado en algunos casos por una alta densidad de cabras que acababa con cualquier vegetación superviviente.

“La vaca tenía mucho para comer así afuera [de la propiedad] pues, si salían para afuera y venían”, me dijo la sobrina de G. en 2024. “Y ahora ya no pueden porque ya está todo alambrado por todos lados, pues, ya ahí ya no se puede.” “Y además que no llueve, pues, como solía llover antes”, añadió su marido, “No logra reenverdecer el campo.” Algunos también dijeron que este cambio era necesario porque las nuevas razas de ganado que introdujeron estaban acostumbradas a pastar en pasturas y a menudo no sobrevivirían en el bosque. Por último, para algunos era una forma de mantener a los animales más concentrados (reunir al ganado en los bosques para venderlo o vacunarlos podía llevar días) y de demostrar el uso de la tierra con la esperanza de que sirviera de apoyo a una solicitud de titulación. Sin embargo, los pastos exóticos, además de una inversión inicial, requerían una gestión continua, como la labranza y limpieza periódicas, que requieren maquinaria, y la rotación del rebaño para permitir que las pasturas se regeneraran. Además, los pastos no se adaptaban bien a periodos prolongados de sequía y en 2023 la mayoría de ellos estaban en mal estado (Figura 3, foto d.). Aun así, la gente era en gran medida optimista y tomaban los primeros años con buena pastura como evidencia de que eran el camino a seguir.

Otra inversión de intensificación habitual era asegurar el acceso al agua excavando un pozo profundo para extraer agua del acuífero de Yrenda, un enorme, aunque poco conocido, acuífero de agua dulce que se extiende por la parte occidental del Chaco paraguayo. En estas tierras secas, el acceso al agua es especialmente importante, pero las represas y otros cuerpos de agua superficiales de los que depende la gente para su ganado, que de por sí ya es difícil depender debido a las grandes fluctuaciones estacionales en los niveles del agua, estaban siendo alambradas cada vez más por los inversores (Matthews et al., 2024). En este contexto, acceder al agua de los acuíferos podría ayudar a reducir la dependencia de las inestables aguas superficiales y contribuir a mantener un tamaño de rebaño más constante. Algunos incluso consideraron la posibilidad de regar pequeñas pasturas, aunque en 2024 todavía no se había hecho. Esta estrategia, sin embargo, requería un gran capital económico, ya que un pozo profundo de 200 metros, la profundidad mínima necesaria para llegar al acuífero en la mayor parte de la zona, costaba más de 10.000 dólares, muy por encima de lo que la mayoría de la gente podía permitirse. Eso significaba que estos pozos sólo eran accesibles o bien para las comunidades capaces de reunir recursos o de solicitar un donante, o bien para los particulares que pudieran reunir importantes cantidades de capital.

Diversificación de los medios de subsistencia

Aunque se identifican como ganaderos, los criollos del Alto Pilcomayo siempre han tenido medios de subsistencia diversificados. Tradicionalmente, cazaban para obtener carne y pieles, cultivaban mandioca, calabaza, maíz y legumbres para subsistir, recolectaban frutos del bosque y miel, y realizaban trabajos ocasionales para estancias más grandes u otros empleadores (le Polain de Waroux, 2024). Algunas de estas actividades ya no eran viables en el siglo XXI: el comercio de pieles se había desplomado junto con el número de animales salvajes y en medio de las crecientes restricciones al comercio de fauna salvaje; la caza de animales había desaparecido en su mayor parte debido a la caza excesiva y a la deforestación; y la mayoría de la gente había abandonado el cultivo tradicional cuando se trasladó de las orillas del Pilcomayo, donde era posible la agricultura en zonas inundables, a tierras más altas, donde las sequías cada vez más intensas hacían poco viable la producción de temporal. Ante la creciente escasez de tierras, la gente, y especialmente las generaciones más jóvenes, buscaban nuevas formas de diversificar sus ingresos introduciéndose en nuevas actividades de subsistencia. Aunque los motivos para la diversificación son complejos y a menudo no se puede trazar una línea directa entre la escasez de tierras y las estrategias de subsistencia, es innegable que la gente estaba más interesada en introducirse en nuevos medios de subsistencia cuando ya no podían obtener ingresos del pastoreo o cuando necesitaban una fuente externa de ingresos para asegurarse los títulos de propiedad de la tierra.

Algunos desarrollaron pequeños negocios para satisfacer las necesidades cambiantes de sus comunidades. Cuando las motocicletas sustituyeron a los caballos como principal medio de transporte, la gente abrió talleres mecánicos. Otros abrieron pequeñas tiendas de comestibles abastecidas principalmente de productos no perecederos y gasolina. Con las distancias tan grandes entre las comunidades y la gente dependiendo cada vez más de los alimentos del mercado, cada asentamiento de unas pocas casas tenía una pequeña tienda, normalmente dentro de una casa particular. Algunos también trabajaban como comerciantes, haciendo algún que otro viaje a Bolivia para comprar productos baratos y venderlos de vuelta en Paraguay. Una de estas personas, S., viajaba por el campo en moto cuando lo conocí, vendiendo una marca popular de jugo boliviano en polvo y hojas de coca sueltas. Su familia había accedido, en contra de su voluntad, a vender las tierras de sus padres y, tras mudarse un par de veces, se había asentado en un terreno que, aunque tenía título de propiedad, era demasiado pequeño para ganarse la vida sólo con el pastoreo. Sin embargo, no todos los oficios eran tan inofensivos como el jugo en polvo y las hojas de coca: el contrabando de ganado robado, las drogas ilícitas o el palo santo eran alternativas peligrosas pero lucrativas para algunos.

Si bien se esperaba que los criollos trabajaran en las grandes estancias que aparecieron en la zona, en la práctica, sólo lo hizo un número limitado. La mayor parte de la demanda de mano de obra se producía durante el desmonte inicial de la tierra, para el que sí se contrató a gente para hacer postes de alambrado, producir carbón vegetal y colocar cercas. Sin embargo, los jornales que se ofrecían en la zona eran bastante bajos en comparación a la ardua naturaleza del trabajo, y muchos criollos sentían que no merecía la pena. Los empleos más estables y mejor pagados solían ser ocupados por personas de otras regiones del país, y los inversores solían poder contar con la mano de obra de personas de las comunidades indígenas vecinas, dispuestas a aceptar salarios más bajos, para otros trabajos.

Una vía interesante y relativamente novedosa para la diversificación fue la apicultura, ya que esta actividad no dependía de poseer tierras, sino simplemente de que hubiera terreno con suficientes flores alrededor de las colmenas. Aunque la apicultura no era una actividad nueva *en sí*, un número creciente de personas empezó a colocar colmenas en el bosque en la década de 2010, en parte como resultado de un proyecto llevado a cabo por una ONG ambientalista con sede en Asunción (uno de los escasos proyectos de ONG dirigidos a criollos en esta zona). Las colmenas colocadas en las proximidades del río Pilcomayo eran muy productivas, y algunas personas que se habían tomado en serio la actividad estaban convencidas de lo prometedor de la producción de miel como actividad económica en la región. También estaban muy preocupados por la expansión de los cultivos de riego irrigados de la zona, dado que era probable que el uso de pesticidas afectara a las abejas.

Allí donde había agua disponible, también hubo algunos intentos de producir cultivos no tradicionales para el consumo y para el mercado. Una familia a la que visité en 2019 estaba encantada

de que yo quisiera comer su lechuga, de la que tenían una sobreabundancia gracias a un proyecto dirigido por la ONG antes mencionada - la lechuga no formaba parte de su dieta normal y no podían llevarla al mercado, así que, aunque parecían felices de haberla cultivado con tanto éxito, no sabían qué hacer con ella. Un acontecimiento reciente interesante fue un proyecto apoyado por un inversor que había adquirido varias propiedades grandes en la zona. Esta persona, un cristiano evangélico aparentemente movido por intenciones caritativas, ayudó a instalar sistemas de riego por goteo para una docena de personas en una comunidad en 2022. También donó un tractor y aportó algunos conocimientos técnicos, con el objetivo de ayudar a la gente a producir papas para el mercado. En un año, la gente estaba cosechando varias toneladas de papas y vendiéndolas en las colonias menonitas del Chaco central. Este proyecto despertó un gran entusiasmo en la región y en su segundo año se expandió a otras comunidades.

Reubicación

Por último, algunas personas simplemente se marcharon. A veces, la gente sí tomaba el dinero ofrecido por los inversores y lo utilizaba para establecerse en otro lugar o dedicarse a una actividad totalmente diferente. El hecho de que lo hicieran no siempre significaba que tuvieran elección. Aunque algunas personas expresaron que estarían dispuestas a marcharse por la cantidad de dinero adecuada, para muchos, abandonar una zona en la que habían vivido durante décadas era inimaginable. Sin embargo, bajo presión, algunos pudieron haber considerado que era mejor tomar el dinero e irse, que esperar a ser desalojados. Es más, muchas veces la gente no conocía bien el costo de la vida fuera de la zona. En el caso de S., por ejemplo, el terreno en el que se había instalado inicialmente en el interior resultó rápidamente demasiado pequeño para sus animales, y el forraje también era caro. Cuando regresó a el Alto Pilcomayo, no tenía suficiente dinero para comprar un terreno de un tamaño comparable al que su familia había vendido, y acabó comprando una propiedad mucho más pequeña. Algunas personas también vendieron porque necesitaban dinero y no podían encontrarlo de otra manera. Un hombre, por ejemplo, vendió su solicitud de reclamo de tierras a un inversor de Asunción para pagarse la atención médica.

Otros se reubicaron sin compensación alguna. Esto era frecuente en los primeros tiempos de la frontera ganadera, cuando la gente solía reubicarse dentro de la región, justo fuera de la zona reclamada. Cuando un inversor le dijo a T. que desalojara la zona en la que vivía en la década de 1970, se limitó a trasladarse unos 20 km más hacia el interior, a un lugar que tenía una fuente de agua y aparentemente ningún propietario, aunque dice que encontró rastros de un asentamiento indígena abandonado, probablemente Manjui. Cuando se enfrentaron a ese mismo inversor, la familia de O., previendo problemas más adelante, se trasladó 30 km tierra adentro en otra dirección. Estos movimientos seguían correspondiendo a un patrón tradicional de asentamiento que las

familias criollas de conocían desde hacía generaciones. Pero a medida que la frontera ganadera moderna se expandía y los traslados se hacían más costosos, este modelo expansivo se vino abajo.

A lo largo de los años, muchas personas se han trasladado a Argentina o a las ciudades del Chaco central. Aunque en la mayoría de los casos no fue una consecuencia directa de las inversiones en tierras, la gente abandonó el Alto Pilcomayo en parte porque ya no había más espacio. La población crecía al mismo tiempo que se reducía su territorio. Me quedó claro cuánta gente se había ido de la zona un día en que una pequeña comunidad organizó una fiesta por su 55 aniversario. Allí, gente de diferentes rincones del país había vuelto para celebrar la fundación del asentamiento por su matriarca y su difunto marido. En la histórica frontera criolla, esta gente podría haber seguido adentrándose en el Chaco y formado su propio asentamiento en el bosque, como muchos de sus antepasados. Hoy, sin embargo, esto ya no era una opción: no quedaba ningún lugar adonde ir.

Discusión

La cuestión de las transacciones de tierras y sus impactos en los pequeños ganaderos, aunque es una preocupación de larga data en las ciencias sociales, ha sido objeto de un renovado interés en las dos últimas décadas. La proliferación de literatura sobre los acuerdos de tierras contemporáneos a raíz de la crisis alimentaria de 2007-2008 (Borras et al., 2012) generó llamados para ir más allá de la dicotomía convencional de expulsión y resistencia e investigar las estrategias diferenciadas de las comunidades locales a los acuerdos de tierras, es decir, examinar las reacciones políticas “desde abajo” (Borras Jr y Franco, 2013; Hall et al., 2015). En respuesta a estos llamados, se han realizado varios estudios que examinan diferentes modos de resistencia las apropiaciones de tierras y, en menor medida, otras estrategias de movilización, como la demanda de mejores condiciones de integración (Wolford et al., 2024). A continuación, analizo las respuestas a los acuerdos sobre tierras que observé en la zona del Alto Pilcomayo en el contexto de esa bibliografía. A continuación, examino las formas en que estas estrategias están contribuyendo a transformar el paisaje del Chaco.

Una amplia gama de reacciones

Aunque la titulación de tierras se considera con frecuencia en la bibliografía como un factor contextual más que como una reacción al acaparamiento de tierras, podría decirse que fue la forma

más eficaz que tuvieron los pequeños ganaderos criollos de evitar el acaparamiento en la zona del Alto Pilcomayo. De hecho, las personas que poseían un título de propiedad de la tierra tenían muchas más probabilidades de que los inversores les dejaran en paz, especialmente si ese título era anterior a la llegada de la frontera agrícola de materias primas a la zona. Este hallazgo coincide con la bibliografía, que indica que las transacciones de tierras tienden a dirigirse a tierras con una tenencia insegura (Dell'Angelo et al., 2017). Sin embargo, en ausencia de ayuda externa, a los hogares criollos les resultó sumamente difícil obtener títulos de propiedad de la tierra. Los enormes desafíos a los que se enfrentaron los pequeños ganaderos al intentar titular sus tierras han sido ampliamente documentados en otras partes del Gran Chaco (por ejemplo, Collins et al., 2024; del Giorgio et al., 2022). Estas circunstancias significaban que, aunque la titulación era teóricamente la estrategia óptima para evitar el desalojo, la gente difícilmente podía confiar en ella como única opción.

Gran parte de la bibliografía sobre las estrategias a los acuerdos sobre tierras se ha centrado en la resistencia y contestación. Jan Sändig, en una revisión de esa literatura realizada en 2021, propuso que estas contestaciones podían considerarse parte de tres repertorios principales de contención: la acción colectiva conflictiva, la protesta basada en los derechos o la resistencia cotidiana (Sändig, 2021). Se destaca la ausencia casi total de acción colectiva, o resistencia abierta, en el Alto Pilcomayo. La revisión de Sändig concluye que la contestación colectiva tiende a surgir cuando la represión es limitada y los líderes locales – “jefes de comunidad o gobernadores electos, pero también personal de la administración pública local, figuras del mundo empresarial, jueces y sacerdotes [que] pueden utilizar su autoridad, conocimientos jurídicos y conexiones políticas para movilizar información, recursos y ayuda” – surgen y se unen a la lucha (Sändig, 2021, p. 8). Incluso sin formas especialmente atroces de represión estatal en el Alto Pilcomayo, el hecho de que el uso de las amenazas y la violencia por parte de los inversores fuera rara vez, o nunca, castigado por un sistema policial y judicial que tendía a ponerse del lado de los poderosos, hacía que la gente temiera las consecuencias de defender sus derechos. Mientras tanto, no había líderes locales con suficiente influencia en la zona ni suficiente capital político fuera de ella para influir en los tratos sobre la tierra.

En cuanto a la contención basada en los derechos, el análisis de Sändig muestra que “ha dependido de la participación de las organizaciones de la sociedad civil (ONGs) y, en parte, de los aliados de las élites”. (Sändig, 2021, p. 2). Estas organizaciones y aliados estuvieron notablemente ausentes para los criollos del Alto Pilcomayo, lo que hizo que las peleas legales por la tierra fueran casi imposibles de ganar. La ausencia de aliados puede explicarse en parte por el hecho de que los criollos del Alto Pilcomayo carecían de una identidad clara que pudieran utilizar como base para conseguir apoyo. En un artículo sobre las luchas contra una concesión china de caucho en Laos, Karen McAllister analizó cómo las comunidades que se enfrentan al despojo territorial “a menudo se unen en torno a un discurso ideológico y forjan una 'identidad de resistencia' colectiva como posicionamiento político para reforzar sus reclamaciones de tierras” (McAllister, 2015, p. 819). Esa identidad de resistencia, sostiene McAllister, se estructura la mayoría de las veces en torno a representaciones de

la “indigeneidad” que permiten alianzas estratégicas con extranjeros. En el Chaco, la ambigüedad étnica de los criollos y su singular posicionalidad dificultan el tipo de alianzas basadas en la identidad que podrían generar el apoyo exterior. Se trata de un grupo de personas que históricamente fue clave en el desplazamiento de los indígenas; cuyo pastoreo tradicional en torno a puestos se considera causa de la degradación ambiental y responsable, al menos en parte, de la desaparición de los pastizales naturales (de la Cruz, 1998; Grau et al., 2014); y que se cree que han contribuido al declive de la fauna salvaje a través de la caza excesiva (Altrichter, 2005; Camino et al., 2018; Saravia Toledo, 1993). En Paraguay, esto se ve agravado por el hecho de que siguen siendo percibidos como forasteros ilegítimos, independientemente del tiempo que lleven viviendo al norte del río Pilcomayo. En consecuencia, las ONG y las élites aliadas no se han apresurado a apoyar a los criollos. Si, como comprobó Gingembre en Madagascar “la externalización de una protesta puede amplificar sustancialmente el eco de las voces locales” (Gingembre, 2015, p. 581), la ausencia de dicha externalización en el Alto Pilcomayo ha servido para silenciarlas.

Esto no significa que las cosas no pueden ser de otro modo. En el estudio de McAllister, los lugareños afectados por la concesión del caucho optaron por manifestar su resistencia en torno a una identidad no étnica, prefiriendo representarse a sí mismos a través de una visión moderna que encajaba con las ideologías del Estado (McAllister, 2015). Como comenté en la sección de Antecedentes, en algunas partes de Argentina, los movimientos sociales han resuelto de forma similar las tensiones en torno a la identidad criolla mediante un énfasis en la clase por encima de la etnia (Barbetta et al., 2012; Lapegna, 2015) y el uso de una identidad política campesino-indígena que hace hincapié en la condición común de las familias criollas e indígenas en la frontera de las mercancías (Concha Merlo, 2021b). Tal redefinición podría darse aún en el Pilcomayo.

La tercera forma de disputa analizada por Sändig y sus colegas es la resistencia cotidiana, que según los autores “se ha producido sobre todo en circunstancias particularmente desfavorables, por ejemplo, cuando la represión era fuerte” (Sändig, 2021, p. 2). En el Alto Pilcomayo, se pueden encontrar casos de resistencia cotidiana en el uso encubierto o la reapropiación de espacios privatizados, cuando la gente salta las vallas para cazar, recoger leña o dejar pastar a sus animales. Esto recuerda a las tácticas de resistencia cotidiana desplegadas en otras regiones para reclamar el acceso a tierras cercadas, como el cruce de alambrados por parte de ganaderos “recalcitrantes” en Uganda (Martiniello, 2015, p. 662). Sin embargo, el grado en que estos actos de reclamación constituyen una resistencia real es variable. En algunos casos, la recuperación del espacio se produjo de forma encubierta, sin el conocimiento de los propietarios (en su mayoría ausentes). Sin embargo, en muchos otros, esa reapropiación era de hecho conocida y tolerada por los inversores, y dependía de mantener buenas relaciones con ellos. De hecho, en algunos casos, la concesión de ciertos permisos por parte de los inversores o los ganaderos locales podía considerarse una forma de comprar la paz. Esto hace que estos actos de reivindicación sean tanto una forma de negociación tácita como de resistencia.

En los casos en los que a veces se produjeron tácticas más conflictivas, a menudo asociadas a la resistencia, como el robo o la destrucción de infraestructuras, fue de hecho entre pequeños ganaderos criollos con reivindicaciones contrapuestas, y no contra inversores. Esta competencia entre pequeños ganaderos, enfrentándose a “pobres contra pobres”, no se reconoce ampliamente en la literatura sobre el acaparamiento de tierras (Borras Jr y Franco, 2013). El acaparamiento de tierras a pequeña escala, el robo y la destrucción de la propiedad no eran hechos poco frecuentes entre los criollos, y aumentaron a medida que la tierra se hacía cada vez más escasa con la expansión de la frontera agrícola de las materias primas. Además, en lo que podrían denominarse formas de “colaboración campesina cotidiana” (Lapegna, 2015), algunas personas proporcionaron información a los inversores y facilitaron las transacciones de tierras a expensas de sus vecinos. Estos procesos condujeron a una forma de “exclusión endógena”, en la que las personas, al responder al acaparamiento de tierras, limitaron la capacidad de los demás para adaptarse a ellos (del Giorgio, 2023, p. 11).

Los intentos de los pequeños propietarios de “negociar los términos de su desposesión, a menudo en forma de compensación monetaria”, o de alterar de otro modo la aplicación de las transacciones de tierras han recibido una atención limitada en la bibliografía (Wolford et al., 2024, p. 17). Aunque documenté tales intentos, en gran medida no tuvieron éxito a la hora de alterar fundamentalmente los términos de los acuerdos sobre tierras. Esto no es sorprendente, la situación de los pequeños ganaderos criollos del Alto Pilcomayo se asemeja mucho a la descrita por Rutten y sus colegas en su estudio sobre el poder de negociación de los pequeños propietarios en los acuerdos de tierras a gran escala como una “configuración extremadamente negativa para la capacidad de negociación de los pequeños propietarios”: una en la que los inversores son en su mayoría inmunes al riesgo de reputación y al sabotaje local, tienen buenas relaciones con las autoridades en un régimen relativamente represivo y favorable a los inversores, adquieren tierras que no pertenecen oficialmente a los pequeños propietarios y, por tanto, no requieren autorización de las comunidades locales, no necesitan la mano de obra de la población local y no están atados a una ubicación específica, de modo que pueden trasladarse si las cosas se complican (Rutten et al., 2017, p. 898). En un contexto así, los criollos tenían poco con lo que pudieran ejercer presión y, por lo tanto, sólo podían obtener lo que los inversores estuvieran dispuestos a darles.

Por último, mostré que la gente también reacciona al acaparamiento de tierras alterando sus medios de subsistencia, ya sea mediante cambios en la producción o mediante la diversificación hacia actividades que no requieren tierra. Todavía son relativamente pocos los estudios que examinan las estrategias de la gente frente al acaparamiento de tierras en esos términos. Para ello, Yunan Xu, en un estudio sobre las plantaciones de maderas industriales en la provincia china de Guangxi, sostiene debemos fijarnos en “lo que queda”, y no sólo en “lo que se quita” a los pequeños propietarios (Xu, 2023). Basándose en el análisis de James Scott sobre lo que “movió a los campesinos a rebelarse” (Scott, 1977, p. 7), Xu propone que fijarse en “lo que queda” es clave para comprender de forma

diferenciada el impacto de las transacciones de tierras en los medios de subsistencia de los pequeños propietarios.

En el Alto Pilcomayo, “lo que queda” muchas veces era muy poco. Los tipos de estrategias de intensificación y diversificación que surgen en un contexto de escasez de tierras se han debatido ampliamente en la bibliografía sobre los medios de subsistencia, pero no se han examinado con tanta frecuencia en el contexto de las transacciones de tierras. Como observaron Cáceres y sus colegas (2010) en la provincia argentina de Córdoba, la mayoría de los individuos del Alto Pilcomayo que perdieron parte de la tierra, pero no toda, emprendieron alguna forma de intensificación, como la plantación de pastos exóticos y la adopción de nuevas razas de animales, que les permitió al mismo tiempo reforzar sus reivindicaciones de tierras. En un estudio de caso centrado en una plantación de caucho en Laos, Diana Suhardiman y sus colegas describen estrategias de adaptación comparables, en las que la plantación de caucho, el cultivo invasivo, por parte de los pequeños agricultores era a la vez una forma de intensificación y una forma de proteger su reclamación de la tierra restante (Suardiman et al., 2015). Estos procesos de “mimetización”, en los que los pequeños agricultores se dedican estratégicamente a las actividades que están en el origen de su desalojo, son una forma habitual de intentar “aferrarse” al control de la tierra en las fronteras de los productos agrícolas (del Giorgio, 2023, p. 10). Por último, cuando “lo que queda” era insuficiente para cualquier actividad productiva basada en la tierra, la diversificación hacia actividades de subsistencia independientes de la tierra, como el comercio o la mecánica, puede entenderse como una forma de “diversificación de estrés”, o diversificación para la supervivencia (Bouahom et al., 2004). Este fenómeno también fue observado por Suhardiman y sus colegas en Laos, donde las personas que habían perdido sus tierras se dedicaban a actividades no agrícolas para llegar a fin de mes (2015).

De las trayectorias de los medios de subsistencia a la transformación del paisaje

Finalmente, cabe preguntarse qué significa todo esto para la transformación de la vida, el uso de la tierra y los medios de subsistencia en el Alto Pilcomayo. Entre las personas incluidas en este estudio, todas las que se enfrentaron a solicitudes de inversores tuvieron finalmente que mudarse o renunciar a parte de sus tierras. Los pocos que nunca se enfrentaron a tales reclamaciones y que, por tanto, pudieron conservar sus tierras, eran personas que poseían un título anterior a la frontera de los productos básicos o que habían reclamado parcelas de tierra demasiado pequeñas (<100 hectáreas), demasiado marginales (en la zona inundable del Pilcomayo) y/o demasiado cercanas a un asentamiento comunitario como para ser de mucho interés para los inversores (en un caso, un historial de relaciones amistosas con el gobierno también puede haber influido). Las personas que

se enfrentaron a reclamaciones de inversores, pero evitaron el desalojo, sólo pudieron quedarse porque habían firmado un acuerdo bajo presión; porque la reclamación de tierras sólo abarcaba una parte del territorio que estaban utilizando; o porque el conflicto de tierras aún no se había resuelto, lo que significaba que aún podían ser desalojados. Teniendo en cuenta que la mayoría se había enfrentado a más de una reclamación a lo largo de su vida (algunos hasta cuatro) y que era probable que se enfrentaran a más, esto ponía a la mayoría en una situación muy precaria.

La pérdida paulatina del acceso de los criollos a la tierra forma parte de una transformación territorial más amplia. Dell'Angelo et al., en un metaanálisis de 2017 de la bibliografía sobre la apropiación de tierras, propusieron que, dado que tienden a dirigirse a tierras comunes con múltiples reivindicaciones de acceso y uso, las adquisiciones de tierras a gran escala contribuyen a un proceso de “apropiación de bienes comunes” que es constitutivo de una transición más amplia de la agricultura de subsistencia a pequeña escala a la agricultura comercial a gran escala, y afecta con especialmente a los sistemas de pastoreo (Dell'Angelo et al., 2017). La reproducción del modelo de pastoreo criollo basado en el puesto dependió históricamente de la existencia de espacios fronterizos que podían ser utilizados de manera extensiva, flexible y que podían albergar a nuevas familias que se formaban a medida que crecía la población. En zonas como el Alto Pilcomayo, este modelo ya no puede sobrevivir.

Las transacciones de tierras en zonas de frontera no sólo han acaparado el espacio que antes ocupaban los pequeños ganaderos criollos, sino que también les han impulsado a alterar su uso de la tierra y sus medios de vida de una forma que está transformando fundamentalmente incluso las zonas que no se han convertido en estancias a gran escala. Cada vez más, los que han podido permanecer en su lugar están cambiando a un modelo de uso de la tierra que se aleja drásticamente del "régimen de uso de la tierra" tradicional de ganadería extensiva en zonas boscosas y se asemeja más a una versión en miniatura de las explotaciones ganaderas comerciales. Mientras tanto, otros están entrando (y sosteniendo) una economía cada vez más independiente de la tierra basada en el comercio y los servicios. Los cultivos de regadío y la apicultura pueden ofrecer aún alternativas sostenibles basadas en la tierra, pero constituyen igualmente un alejamiento drástico del modelo tradicional de ganadería criolla. El efecto acumulativo de todo esto es acelerar una transición agraria - o un “cambio de régimen de uso de la tierra”, como se conceptualiza en la ciencia de los sistemas de tierras (Ramankutty y Coomes, 2016) - de un paisaje caracterizado predominantemente por la ganadería tradicional criolla a otro que comprende un paisaje de grandes explotaciones ganaderas, propiedad de inversionistas ausentes, intercaladas con algunas propiedades de criollos más pequeñas. En ese nuevo paisaje, algunos de los individuos y familias cuyas historias he contado persistirán, y algunos con suerte incluso prosperarán, ya sea como pequeños ganaderos, como propietarios de tiendas o como camioneros. Sin embargo, las relaciones culturales únicas que han desarrollado con la tierra a lo largo de varios siglos se transformarán para siempre.

Conclusión

“Yo quería hacerle una pregunta. ¿Qué me dice usted, de qué ley le ampara a una persona que viva 60 años en un lugar? ¿Tiene derecho o no tiene derecho? Porque somos ganaderos, vivimos criando, vivimos trabajando para Paraguay, pagando impuestos y todo. ¿Qué nos da la ley a nosotros? ¿Qué ley nos ampara? ¿Qué derechos tenemos? ¿Quién nos defiende a nosotros?” (L. 2022)

La pregunta que me formuló L., una mujer de mayor edad, mientras discutíamos cuestiones relacionadas con la tierra, rodeada de miembros de su extensa familia, era retórica. Transmite un sentimiento de frustración e impotencia que comparten muchos criollos del Alto Pilcomayo que han sido testigos, en sólo un par de décadas, de una transformación completa del territorio que han habitado durante generaciones a manos de empresas e inversionistas, muchas veces sin rostro y sin historia en la zona. Puede parecer paradójico que, en este estudio, adoptara un enfoque centrado en la *agencia* de las personas sólo para demostrar al final lo poco que pudieron conseguir sus intentos de controlar y negociar sus circunstancias ante tan enormes desequilibrios de poder. No se trata de una historia de resistencia exitosa, sino de personas que hacen lo que pueden para salir adelante ante la adversidad.

Sin embargo, examinar las estrategias frente a las transacciones de tierras a través de la mirada hacia la agencia de las personas y las trayectorias de los medios de subsistencia revela dimensiones de esta historia que, de otro modo, podrían permanecer ocultas. En primer lugar, las respuestas a las transacciones de tierras son variadas y abarcan no sólo formas de disputas sino también intentos de asegurar preventivamente la tenencia de la tierra mediante la concesión de títulos; formas de “cooperación cotidiana”; y respuestas más amplias sobre los medios de subsistencia que incluyen la intensificación, la diversificación y la reubicación. En segundo lugar, esta diversidad de estrategias se da no sólo entre los miembros de una comunidad, sino también dentro de la historia de una sola persona u hogar, y la mayoría de la gente participa en múltiples tipos de acciones a la vez. En tercer lugar, los repetidos encuentros con los inversores moldean de forma acumulativa las respuestas de que disponen los pequeños ganaderos, a medida que los sucesivos acaparamientos agotan los recursos a los que pueden recurrir en sus respuestas. En cuarto lugar, las respuestas individuales pueden alterar el espacio de posibilidades para los demás, por ejemplo, cuando la concesión de títulos de propiedad o la facilitación de los acuerdos sobre tierras de los inversores conducen a una menor disponibilidad de tierras para los demás miembros de una comunidad. Por último, examinar el desarrollo de estas diversas respuestas a lo largo del tiempo ayuda a comprender las vías a través de las cuales los acuerdos sobre tierras pueden catalizar transiciones agrarias más amplias y

transformar los paisajes más allá de su huella inmediata, mediante dinámicas de diferenciación social, intensificación y diversificación de los medios de subsistencia.

Es tarde para intervenir en el Alto Pilcomayo, donde la mayor parte de la tierra ya ha sido apropiada por los inversores y la perspectiva de la finalización de una autopista (la ruta bioceánica) que conecte la zona con Brasil está intensificando aún más la especulación con la tierra (Fernández, 2024; Henderson et al., 2021). Garantizar la tenencia de la tierra para aquellos que siguen en ella, pero no tienen títulos, y proporcionar apoyo legal a los que actualmente se enfrentan a reclamaciones de inversores sobre sus tierras debería ser la prioridad absoluta de cualquier entidad que pretenda apoyar a la población criolla de la región. Más allá de eso, cosas como el apoyo a la intensificación de la ganadería y la agricultura de regadío a pequeña escala, la excavación de más pozos para dar a la gente acceso a las aguas subterráneas y la concesión de líneas de crédito, podrían ayudar. Nada de esto detendrá las transformaciones en curso. Pero puede hacerlas menos dolorosas.

Referencias

- Abt, M.M., 2015. El bosque como espacio multifuncional para las familias campesinas de Santiago del Estero, Argentina.
- Aguiar, S., Mastrangelo, M.E., Collazo, M.A.G., Camba Sans, G.H., Mosso, C.E., Ciuffoli, L., Schmidt, M., Vallejos, M., Langbehn, L., Cáceres, D.M., Merlinsky, G., Paruelo, J.M., Seghezzo, L., Staiano, L., Texeira, M., Volante, J.N., Verón, S.R., 2018. ¿Cuál es la situación de la Ley de Bosques en la Región Chaqueña a diez años de su sanción? Revisar su pasado para discutir su futuro. *Ecología Austral* 28, 400-417.
- Altrichter, M., 2005. The sustainability of subsistence hunting of peccaries in the Argentine Chaco. *Biological Conservation* 126, 351-362. <https://doi.org/10.1016/j.biocon.2005.06.024>
- Altrichter, M., Basurto, X., 2008. Effects of land privatisation on the use of common-pool resources of varying mobility in the Argentine Chaco. *Conservation and Society* 6, 154-165.
- Anthias, P., Radcliffe, S.A., 2015. The ethno-environmental fix and its limits: Indigenous land titling and the production of not-quite-neoliberal natures in Bolivia. *Geoforum* 64, 257-269. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2013.06.007>
- Autoridades chaqueñas alientan las invasiones de propiedades, 2010.. ABC Color.
- Barbarán, F., Arias, H., 2001. Migraciones en el Chaco Semiárido de Salta: su relación con la ganadería, la explotación forestal y el uso de la fauna silvestre en el Departamento Rivadavia. *Andes*.
- Barbetta, P.N., Garraza, G.G., Mioni, W.F., 2012. Territorialidad y acceso a la tierra: luchas por legitimar el derecho a la tierra en el chaco salteño. *Luchas Agrarias en América Latina* 157-176.
- Baumann, M., Gasparri, I., Buchadas, A., Oeser, J., Meyfroidt, P., Levers, C., Romero-Muñoz, A., Waroux, Y. le P. de, Müller, D., Kuemmerle, T., 2022. Frontier metrics for a process-based understanding of deforestation dynamics. *Environ. Res. Lett.* 17, 095010. <https://doi.org/10.1088/1748-9326/ac8b9a>
- Baumann, M., Gasparri, I., Piquer-Rodríguez, M., Gavier Pizarro, G., Griffiths, P., Hostert, P., Kuemmerle, T., 2017. Carbon emissions from agricultural expansion and intensification in the Chaco. *Global Change Biology* 23, 1902-1916. <https://doi.org/10.1111/gcb.13521>

- Bilbao, S.A., 1964. Poblamiento y actividad humana en el extremo Norte del Chaco Santiagueño. Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología 5, 143-209.
- Brent, Z.W., 2015. Territorial restructuring and resistance in Argentina. *The Journal of Peasant Studies* 42, 671-694. <https://doi.org/10.1080/03066150.2015.1013100>
- Bucher, E.H., Huszar, P.C., 1999. Sustainable management of the Gran Chaco of South America : Ecological promise and economic constraints. *Journal of Environmental Management* 57, 99-108.
- Busscher, N., Parra, C., Vanclay, F., 2019. Environmental justice implications of land grabbing for industrial agriculture and forestry in Argentina. *Journal of Environmental Planning and Management* 63, 1-23. <https://doi.org/10.1080/09640568.2019.1595546>
- Cáceres, D.M., 2015. Accumulation by Dispossession and Socio-Environmental Conflicts Caused by the Expansion of Agribusiness in Argentina. *Journal of Agrarian Change* 15, 116-147. <https://doi.org/10.1111/joac.12057>
- Cáceres, D.M., 2014. Amenazas y Desafíos que Enfrenta el Campesinado en Argentina. ¿Descampesinización o Persistencia?, in: Craviotti, C. (Ed.), *Agricultura Familiar En Latinoamérica. Continuidades, Transformaciones y Controversias*. Ciccus, Buenos Aires, Argentina, pp. 205-232.
- Cáceres, D.M., Soto, G., Ferrer, G., Silvetti, F., Bisio, C., 2010. La expansión de la agricultura industrial en Argentina Central. Su impacto en las estrategias campesinas. *Cuadernos de Desarrollo Rural* 7, 91-119.
- Camardelli, M.C., 2005. Estrategias reproductivas y sustentabilidad de sistemas ganaderos criollos del Chaco salteño : el caso de los puesteros criollos del lote fiscal n° 20 en el departamento Rivadavia. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios* 22, 57-93.
- Camino, M., Cortez, S., Altrichter, M., D. Matteucci, S., 2018. Relations with wildlife of Wichi and Criollo people of the Dry Chaco, a conservation perspective. *Ethnobiology and Conservation*. <https://doi.org/10.15451/ec2018-08-7.11-1-21>
- Chamosa, O., 2008. Indigenous or Criollo: The Myth of White Argentina in Tucumán's Calchaquí Valley. *Hispanic American Historical Review* 88, 71-106. <https://doi.org/10.1215/00182168-2007-079>

- Combès, I., 2022. Los Cristianos de la frontera: Facetas de la colonización del Chaco Boliviano (1843-1910). *Ili* 245-270. <https://doi.org/10.31009/illesimperis.2022.i24.11>
- Concha Merlo, P.A., 2022. Criollos, Gringos y Turcos: Una etnografía de las reconfiguraciones identitarias en el Chaco Santiagueño. *ANDES* 33, 28.
- Concha Merlo, P.A., 2021a. El “criollo” y sus otros. La formación de una matriz identitaria en el Chaco santiagueño. *Culturales* 9. <https://doi.org/10.22234/recu.20210901.e534>
- Concha Merlo, P.A., 2021b. Discursos de aboriginalidad entre los lule-vilela del MOCASE: Tensiones entre la demanda estatal de etnicidad y apertura indigenista de las identidades criollas. *Corpus: Archivos virtuales de la alteridad americana* 11. <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.4600>
- Correia, J.E., 2019. Reworking recognition: Indigeneity, land rights, and the dialectics of disruption in Paraguay’s Chaco. *Geoforum* 119, 227-237. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2019.11.014>
- Dasso, M.C., 2010. Memorias y representaciones sobre el criollo del chaco argentino. *Confluente* 2, 236-253.
- de la Cruz, L.M., 1998. ¿Que pasó con los pastizales que vio Astrada? Productividad y degradación ambiental en la región del Pilcomayo medio.
- del Giorgio, O., 2023. A framework for understanding land control transfer in agricultural commodity frontiers. *Journal of Agrarian Change* n/a. <https://doi.org/10.1111/joac.12560>
- del Giorgio, O., Messenger, M.L., le Polain de Waroux, Y., 2021. Fenced off: Measuring growing restrictions on resource access for smallholders in the Argentine Chaco. *Applied Geography* 134, 102530. <https://doi.org/10.1016/j.apgeog.2021.102530>
- del Giorgio, O., Robinson, B.E., le Polain de Waroux, Y., 2022. Impacts of agricultural commodity frontier expansion on smallholder livelihoods: An assessment through the lens of access to land and resources in the Argentine Chaco. *Journal of Rural Studies* 93, 67-80. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2022.05.014>
- Faberman, J., 2018. Dueños, agregados, derechos de propiedad y matrices comunales en Santiago del Estero. Una aproximación histórica., in: Paz, R., Rodríguez Sperat, R., Jara, C. (Eds.), *Sistemas Comunales y Explotaciones Sin Límites Definidos. Persistencia Del Campesinado En La Argentina*. EDUNSE, Santiago del Estero, Argentina, pp. 63-105.
- Falsos sintierras amenazan a un estanciero por limpiar terreno ajeno, 2010.. ABC Color.

- Gasparri, N.I., Grau, H.R., Manghi, E., 2008. Carbon Pools and Emissions from Deforestation in Extra-Tropical Forests of Northern Argentina Between 1900 and 2005. *Ecosystems* 11, 1247–1261. <https://doi.org/10.1007/s10021-008-9190-8>
- Glauser, M., 2019. *Angaité's responses to deforestation: Political ecology of the livelihood and land use strategies of an indigenous community from the Paraguayan Chaco*. LIT Verlag Münster.
- Goldfarb, L., van der Haar, G., 2015. The moving frontiers of genetically modified soy production: shifts in land control in the Argentinian Chaco. *The Journal of Peasant Studies* 43, 1–22. <https://doi.org/10.1080/03066150.2015.1041107>
- Gomez, C.A., 2015. Estrategias territoriales y usos políticos de la identidad en el interfluvio Teuco-Bermejito, Chaco. *De Prácticas y Discursos* 4, 1–24. <https://doi.org/10.30972/dpd.45808>
- Gordillo, G., 2009. Places That Frighten: Residues of Wealth and Violence on the Argentine Chaco Frontier. *Anthropologica* 51, 343–351.
- Gordillo, G.R., 2014. *Rubble: The afterlife of destruction*. Duke University Press.
- Graesser, J., Stanimirova, R., Tarrío, K., Copati, E.J., Volante, J.N., Verón, S.R., Bancharo, S., Elena, H., Abelleira, D.D., Friedl, M.A., 2022. Temporally-Consistent Annual Land Cover from Landsat Time Series in the Southern Cone of South America. *Remote Sensing* 14. <https://doi.org/10.3390/rs14164005>
- Grau, H.R., Gasparri, N.I., Aide, T.M., 2005. Agriculture expansion and deforestation in seasonally dry forests of north-west Argentina. *Environmental Conservation* 32, 140–148. <https://doi.org/10.1017/S0376892905002092>
- Grau, H.R., Torres, R., Gasparri, N.I., Blendinger, P.G., Marinaro, S., Macchi, L., 2014. Natural grasslands in the Chaco. A neglected ecosystem under threat by agriculture expansion and forest-oriented conservation policies. *Journal of Arid Environments* 1–7. <https://doi.org/10.1016/j.jaridenv.2014.12.006>
- Hansen, M.C., Potapov, P.V., Moore, R., Hancher, M., Turubanova, S.A., Tyukavina, A., Thau, D., Stehman, S.V., Goetz, S.J., Loveland, T.R., Kommareddy, A., Egorov, A., Chini, L., Justice, C.O., Townshend, J.R.G., 2013. High-Resolution Global Maps of 21st-Century Forest Cover Change. *Science* 342, 850–53. [https://doi.org/Accessed through Global Forest Watch on \[date\]. www.globalforestwatch.org](https://doi.org/Accessed through Global Forest Watch on [date]. www.globalforestwatch.org)

- Hernández, H.H., 2014. El avance de la frontera agrícola en el Chaco Salteño: Estrategias de adaptación de los pobladores criollos. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, Argentina.
- Lapegna, P., 2015. Genetically modified soybeans, agrochemical exposure, and everyday forms of peasant collaboration in Argentina. *The Journal of Peasant Studies* 6150, 1–20. <https://doi.org/10.1080/03066150>
- Lapegna, P., 2013. The Expansion of Transgenic Soybeans and the Killing of Indigenous Peasants in Argentina. *Societies Without Borders* 8, 291–308.
- le Polain de Waroux, Y., 2019. Capital has no homeland: The formation of transnational producer cohorts in South America's commodity frontiers. *Geoforum* 105, 131–144. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2019.05.016>
- le Polain de Waroux, Y., Baumann, M., Gasparri, N.I., Gavier-Pizarro, G.I., Godar, J., Kuemmerle, T., Müller, R., Vázquez, F., Volante, J.N., Meyfroidt, P., 2018. Rents, actors, and the expansion of commodity frontiers in the Gran Chaco. *Annals of the American Association of Geographers* 108, 204–225.
- le Polain de Waroux, Y., Garrett, R.D., Heilmayr, R., Lambin, E.F., 2016. Land-use policies and corporate investments in agriculture in the Gran Chaco and Chiquitano. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 113, 4021–4026. <https://doi.org/10.1073/pnas.1602646113>
- Leguizamón, A., 2016. Environmental Injustice in Argentina: Struggles against Genetically Modified Soy. *Journal of Agrarian Change* 16, 684–692. <https://doi.org/10.1111/joac.12163>
- Levers, C., Romero-Muñoz, A., Baumann, M., Marzo, T.D., Fernández, P.D., Gasparri, N.I., Gavier-Pizarro, G.I., le Polain de Waroux, Y., Piquer-Rodríguez, M., Semper-Pascual, A., Kuemmerle, T., 2021. Agricultural expansion and the ecological marginalization of forest-dependent people. *PNAS* 118. <https://doi.org/10.1073/pnas.2100436118>
- Mastrangelo, M.E., Littera, P., 2015. From biophysical to social-ecological trade-offs: integrating biodiversity conservation and agricultural production in the Argentine Dry Chaco. *Ecology and Society* 20. <https://doi.org/10.5751/ES-07186-200120>
- Matthews, P., 2023. Troubled waters at the frontier: Mapping access to surface water along an expanding agricultural frontier in the Pilcomayo River Basin. McGill University.

- Morello, J.H., Saravia Toledo, C., 1959. El Bosque Chaqueño II: La ganadería y el bosque en el Oriente de Salta. *Revista Agronómica del Noroeste Argentino* 3, 209–258.
- Nolte, C., Gobbi, B., le Polain de Waroux, Y., Piquer-Rodríguez, M., Butsic, V., Lambin, E.F., 2018. Challenges in Attributing Avoided Deforestation to Policies and Actors: Lessons From Provincial Forest Zoning in the Argentine Dry Chaco. *Ecological Economics* 150, 346–352. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2018.03.010>
- Nolte, C., Gobbi, B., le Polain de Waroux, Y., Piquer-Rodríguez, M., Butsic, V., Lambin, E.F., 2017. Decentralized land use zoning reduces large-scale deforestation in a major agricultural frontier. *Ecological Economics* 136, 30–40.
- Paz, R., Jara, C., 2020. Danzando en el tiempo: Transformaciones agrarias y persistencia del campesinado en Argentina. *European Review of Latin American and Caribbean Studies* 21–38. <https://doi.org/10.32992/erlacs.10520>
- Paz, R.G., 2020. Agricultural holdings with undefined boundaries, communal systems and counter-hegemonies: The persistence of the peasantry in Argentina. *Journal of Agrarian Change* 20, 562–578. <https://doi.org/10.1111/joac.12363>
- Piquer-Rodríguez, M., Butsic, V., Gärtner, P., Macchi, L., Baumann, M., Gavier Pizarro, G., Volante, J.N., Gasparri, I.N., Kuemmerle, T., 2018. Drivers of agricultural land-use change in the Argentine Pampas and Chaco regions. *Applied Geography* 91, 111–122. <https://doi.org/10.1016/j.apgeog.2018.01.004>
- Romero-Muñoz, A., Torres, R., Noss, A.J., Giordano, A.J., Quiroga, V., Thompson, J.J., Baumann, M., Altrichter, M., McBride, R., Velilla, M., Arispe, R., Kuemmerle, T., 2018. Habitat loss and overhunting synergistically drive the extirpation of jaguars from the Gran Chaco. *Diversity and Distributions* 0, 1–15. <https://doi.org/10.1111/ddi.12843>
- Rueda, C.V., Baldi, G., Gasparri, I., Jobbágy, E.G., 2015. Charcoal production in the Argentine Dry Chaco: Where, how and who? *Energy for Sustainable Development* 27, 46–53. <https://doi.org/10.1016/j.esd.2015.04.006>
- Saravia Toledo, C., 1993. The Chaco savanna lands of South America with particular reference to the processes of degradation in their pastoral and forestry resources., in: Baker, M.J. (Ed.), *Grasslands for Our World*. SIR Publishing, Wellington, New Zealand, pp. 86–90. <https://doi.org/10.5555/19950700199>

- Sevini, F., Yao, D.Y., Lomartire, L., Barbieri, A., Vianello, D., Ferri, G., Moretti, E., Dasso, M.C., Garagnani, P., Pettener, D., Franceschi, C., Luiselli, D., Franceschi, Z.A., 2013. Analysis of Population Substructure in Two Sympatric Populations of Gran Chaco, Argentina. *PLOS ONE* 8, e64054. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0064054>
- Tschopp, M., Ceddia, M.G., Inguaggiato, C., Bardsley, N.O., Hernández, H., 2020. Understanding the adoption of sustainable silvopastoral practices in Northern Argentina: What is the role of land tenure? *Land Use Policy* 99, 105092. <https://doi.org/10.1016/j.landusepol.2020.105092>
- Vallejos, M., Camba Sans, G.H., Aguiar, S., Mastrángelo, M.E., Paruelo, J.M., 2021. The law is spider's web: An assessment of illegal deforestation in the Argentine Dry Chaco ten years after the enactment of the "Forest Law." *Environmental Development* 100611. <https://doi.org/10.1016/j.envdev.2021.100611>
- Vallejos, M., Volante, J.N., Mosciaro, M.J., Vale, L.M., Bustamante, M.L., Paruelo, J.M., 2015. Transformation dynamics of the natural cover in the Dry Chaco ecoregion: A plot level geodatabase from 1976 to 2012. *Journal of Arid Environments* 123, 3–11. <https://doi.org/10.1016/j.jaridenv.2014.11.009>
- Villa, J.S., 2013. Interview with Don Carmen Balderrama.
- Volante, J.N., Mosciaro, M.J., Gavier-Pizarro, G.I., Paruelo, J.M., 2016. Agricultural expansion in the Semiarid Chaco: Poorly selective contagious advance. *Land Use Policy* 55, 154–165. <https://doi.org/10.1016/j.landusepol.2016.03.025>
- Volante, J.N., Seghezzo, L., 2018. Can't See the Forest for the Trees: Can Declining Deforestation Trends in the Argentinian Chaco Region be Ascribed to Efficient Law Enforcement? *Ecological Economics* 146, 408–413. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2017.12.007>
- Wald, N., 2013. Bridging identity divides in current rural social mobilisation. *Identities* 20, 598–615. <https://doi.org/10.1080/1070289X.2013.819001>
- Zak, M.R., Cabido, M., Hodgson, J.G., 2004. Do subtropical seasonal forests in the Gran Chaco, Argentina, have a future? *Biological Conservation* 120, 589–598. <https://doi.org/10.1016/j.biocon.2004.03.034>
- Zorzoli, F., 2022. Tierras cansadas: agronegocios, acumulación y naturaleza en el sudoeste del Gran Chaco. Universidad Nacional de San Martín.

Información complementaria para: "¿Quién nos defiende?" Los ganaderos criollos en medio de la expansión de la frontera de las materias primas en el Chaco paraguayo

La siguiente tabla contiene resúmenes narrativos de las trayectorias de vida de las personas cuyas historias se discuten en el documento (cada letra corresponde a una persona). Estos resúmenes narrativos se ofrecen como complemento a la discusión del documento, tanto para respaldar los patrones mostrados en la figura 2 como para proporcionar un relato centrado en las historias de las personas más que en tendencias más amplias

A	<p>A. nació en el Pilcomayo de padre argentino y madre paraguaya. Después de trabajar siete años en las colonias menonitas, regresó al Pilcomayo a mediados de los años noventa con su mujer y sus hijos. Tenía pocos recursos y trabajaba para otros para ganarse la vida. Se instaló junto a la casa de sus padres, donde nació. Poco después, apareció un inversionista que afirmaba ser el propietario de la tierra y compró el terreno de sus padres. Su padre utilizó el dinero para desarrollar un negocio de transporte. La familia de A. se trasladó a las cercanías pero fue desalojada de nuevo, dos veces más, por otros inversores. La segunda vez, recibieron una mínima compensación económica. A principios de la década de 2000, finalmente se instalaron en un terreno que sabían que era tierra pública y, unos años más tarde, iniciaron el proceso de titulación de unas 750 hectáreas de tierra. Cuando un inversor intentó desalojarles de nuevo a finales de la década de 2000, pudieron impugnar su reclamo y se quedaron. A. consiguió reunir un rebaño de ganado y había limpiado el 10% de la tierra para pastura en 2020, pero en 2024 su tierra producía pocos ingresos, no había encontrado el capital para completar el proceso de titulación y trabajaba en una <i>estancia</i> brasileña de al lado.</p>
B	<p>B. nació en Argentina y cruzó a Paraguay a los veinte años para trabajar como tropero en la zona del Pilcomayo, a principios de la década de 1960. Mediante un arreglo de <i>partida</i> (un acuerdo en el que un propietario de ganado confía su ganado a otra persona, y ésta cobra por su trabajo quedándose con la mitad de los terneros que nacen), constituyó un rebaño, que trasladó al lado paraguayo al cabo de unos años, probablemente hacia 1973. Era consciente de estar en tierras que tenían un propietario ausente, pero llegó a un acuerdo con un <i>patrón local</i> para utilizarlas. Fue el primer colono criollo de la zona y, con el paso de los años, él y su esposa constituyeron un rebaño de varios centenares de animales. En 2019, después de más de 50 años viviendo en su <i>puesto</i>, un inversionista se presentó con una solicitud sobre sus tierras. B. trabajó con dos abogados para intentar luchar contra la reclamación, en vano. Bajo presión y amenazas, firmaron un acuerdo con el inversionista que les dejaba con una cantidad mucho menor de tierra, en su mayor parte marginal, unas 500 hectáreas, insuficiente para el número de animales que tenían. En el momento de la entrevista, no estaban seguros de cómo iban a seguir adelante. Habían cavado un pozo profundo para asegurar el acceso al agua para sus animales.</p>
C	<p>C. nació de padres argentinos en Paraguay. Se mudó del <i>puesto</i> de sus padres y formó su propio asentamiento a unos kilómetros de distancia a principios de la década de 2000. Allí,</p>

	<p>él y su mujer tuvieron dos hijos, y criaron un rebaño de ganado que llegó a tener un centenar de cabezas. A finales de la década de 2010, se le acercó un abogado que le ofreció ayudarlo a titular la tierra en la que se encontraba a cambio de un pedazo de la misma. Esa persona también le ayudó con algunas inversiones para mejorar su granja. Cuando llegó otro inversionista con una solicitud sobre la tierra y ofreció a C. un acuerdo para reasentarse en un pedazo de tierra (marginal) y algo de dinero para el traslado, el abogado aconsejó a C. que se resistiera y rechazara la oferta. El inversionista respondió desalojando violentamente a C. En el momento de la entrevista, C. vivía en una tienda de campaña en los márgenes de la propiedad y aún no había decidido qué haría a continuación.</p>
D	<p>D. nació de padres argentinos en una misión indígena que también solía ser un centro administrativo regional. De joven, trabajó como tropero para un poderoso empresario y ganadero local. Esto le permitió acumular algo de capital y comenzar un rebaño propio fuera del territorio de la misión. A principios de la década de 1980, utilizó su capital para comprar un terreno (de unas 1.000 hectáreas) alrededor de una fuente de agua. Posteriormente se hizo cargo del negocio de su jefe, así como de un empleo como funcionario. A finales de la década de 2000, presentó una solicitud de título de propiedad, pero en 2024 aún no lo había obtenido. Nunca fue molestado por inversores externos, aunque algunos se le acercaron intentando hacer un trato. Pudo enviar a sus hijos a educarse a Asunción, y formaron familias allí y en otros lugares del país. A finales de la década de 2010, limpió unas 50 hectáreas de su tierra y plantó pastos exóticos. Las cosas le iban relativamente bien a pesar de la sequía de varios años, y parecía permanecer allí más como una opción de estilo de vida que por necesidad.</p>
E	<p>E. nació en una pequeña comunidad criolla del lado paraguayo del Pilcomayo, de padres argentinos. Su padre tituló algunas tierras allí en la década de 1980. Después de formar su propio hogar en las tierras de su padre, empezó a tener algunos problemas con el robo y la pérdida de animales, y en 1990 se trasladó a otro lugar, más lejos, pero cerca de una <i>picada</i>, una zona abierta en el bosque por las compañías petroleras durante la exploración. Allí permanecieron unos años, pero su fuente de agua se llenó de sedimentos y decidieron trasladarse unos kilómetros más cerca del río, a lo que creían que era tierra <i>fiscal</i>. E. se casó dos veces y tuvo varios hijos, muchos de los cuales se marcharon a trabajar a las colonias menonitas o a Argentina. Inició una reclamación formal sobre un terreno de 2.000 hectáreas, pero nunca completó el proceso de titulación. A finales de la década de 2010, se le acercó una empresa que afirmaba tener la titularidad de la tierra y firmó un acuerdo bajo presión y en contra del consejo de sus hijos que le dejaba con 500 hectáreas.</p>
F	<p>F. nació de padres argentinos en el lado paraguayo del Pilcomayo. Abandonó el hogar de sus padres a los 15 años y, tras cumplir el servicio militar, empezó a trabajar como peón de estancia. Al cabo de unos años, a finales de la década de 1980, empezó a trabajar en un acuerdo de <i>partida</i> con alguien de Argentina, en el que se ocupaba de los animales en Paraguay, se quedaba con la mitad de las crías y enviaba la otra mitad a Argentina. De ese modo, consiguió reunir un rebaño para sí mismo, lo que le puso en una situación en la que pudo casarse y establecerse. Se instaló en la zona donde vive actualmente en 1992. A mediados de la década de 2010, después de enfrentarse a una serie de crisis personales que le habían dejado con un rebaño reducido, apareció un inversionista acompañado de un residente cercano, ofreciéndole o bien dinero para que se marchara, o bien que firmara un</p>

	<p>acuerdo que le dejaría 300 hectáreas de tierra, aproximadamente la mitad de la que había estado utilizando. Presionado, optó por lo segundo, sin saber qué haría con sus animales si se marchaba. En el momento de la entrevista, estaba reconstituyendo su rebaño y esperando que el río no inundara sus tierras ahora que tenía menos lugares a los que escapar.</p>
G	<p>G. nació en Argentina de padres que procedían de una familia de comerciantes pero que decidieron convertirse en ganaderos. Cuando era niña, sus padres se trasladaron a Paraguay y se asentaron en una zona cercana a una fuente de agua, tierra adentro del Pilcomayo. Al cabo de unos años, se vieron obligados a trasladarse porque esa zona fue reclamada como parte de un territorio indígena administrado por la misión católica. En la década de 1970 se trasladaron a una zona situada justo fuera del territorio indígena, cerca del río. G. formó allí su propio hogar y a finales de los 90 decidió trasladarse a un pueblo cercano para que sus hijos pudieran ir a la escuela. Ella y su marido llevaron a sus animales a un terreno público (<i>fiscal</i>) más cercano a la ciudad. Al principio, dejaban a sus animales vagar libremente, pero con el tiempo, a medida que más y más gente cercaba sus tierras, ellos también lo hicieron e iniciaron un proceso de titulación. Sin embargo, debido a los gastos médicos por una enfermedad inesperada en la familia, vendieron muchos animales y, en el momento de la entrevista, carecían de capital para completar el proceso de titulación. Todavía no habían tenido conflictos sobre sus tierras, aparte de algunas disputas sobre los límites de sus tierras con otros pequeños propietarios.</p>
H	<p>H. nació de padres argentinos en un <i>puesto</i> situado junto a una fuente de agua en el bosque, tierra adentro del Pilcomayo, donde su padre tenía su propio rebaño y también cuidaba los animales de otro hombre en un acuerdo de <i>partida</i>. Cuando era niño, tuvieron que abandonar ese lugar porque un hombre de Asunción lo reclamó como suyo, y se reubicaron en otro lugar, a lo largo de una abertura (<i>picada</i>) que había sido despejada anteriormente por empresas de exploración petrolera. Cuando la agencia gubernamental IBR llegó para apoyar la titulación de tierras en la zona, iniciaron el proceso de titulación, pero nunca lo completaron y por eso nunca obtuvieron un título. A finales de la década de 1980, H. se trasladó al Chaco Central, donde conoció a su esposa, otra criolla del Pilcomayo. Regresaron al cabo de un par de años, y H. trabajó y vivió en estancias de la zona hasta 2005, cuando se trasladaron a una nueva ubicación ¿ a pocos kilómetros de donde nació. Un par de años después, vendió parte de esas tierras a un inversionista brasileño y utilizó el capital para comprar un coche y abrir una pequeña tienda de comestibles. Nunca tuvo problemas con inversionistas externos directamente, pero la tierra que tenía era pequeña (menos de 50 hectáreas después de vender una parte), y toda la tierra de la zona había sido reclamada por inversionistas o por otros pequeños ganaderos, por lo que ha tenido que intensificar despejando parte de su tierra, unas 25 hectáreas, a mediados de la década de 2010 para plantar pastos. En el momento de escribir este documento, sus principales ingresos procedían del comercio y no de la tierra.</p>
I	<p>I. nació en Paraguay de padres argentinos. Cuando era joven, se casó con un argentino que se había trasladado a Paraguay en la década de 1940, y se establecieron en una zona de las tierras del suegro de I., algo al interior del Pilcomayo, junto a una fuente de agua. Pasaron muchos años con su ganado allí y se convirtieron en propietarios de una explotación relativamente grande y respetada de varios cientos de cabezas de ganado, en más de 4.000 hectáreas de tierra que permanecían sin título. A principios de los años 90, también</p>

	<p>limpiaron unas 5 hectáreas de esa tierra para cultivos y pastos. Un hombre apareció por aquel entonces afirmando ser el propietario de la tierra y llegó a un acuerdo con ellos para que se ocuparan de ella en su nombre, pero nunca volvió a aparecer y siguieron viviendo allí como hasta entonces. A mediados de los noventa, el marido de I. murió repentinamente. Ella volvió a casarse un par de años después, pero la muerte de su marido había abierto la propiedad al robo de ganado y a la apropiación de tierras por parte de la gente de la zona. Aparecieron varios inversionistas que querían hacer un trato, pero se negaron. Finalmente, a finales de la década de 2010, un vecino, bajo el pretexto de necesitar utilizar la tierra durante un breve periodo en un momento de crisis, inició el proceso de titulación a su propio nombre y vendió la propiedad a un inversista externo. La familia intentó acudir a los tribunales y negociar con el inversionista, pero su abogado se puso en su contra y acabaron quedándose sólo con unas 200 hectáreas, sin título ni acuerdo escrito. En el momento de escribir esto, tenían pocos animales, carecían de acceso permanente al agua y vivían en una relativa pobreza. Habían resuelto ir a cobrar la pensión y los ingresos por invalidez en Argentina para llegar a fin de mes.</p>
<p>J</p>	<p>J. nació en Paraguay de padres argentinos que habían venido como empleados de un poderoso ganadero y empresario de la zona y, en los años setenta, llevaban animales en régimen de <i>partida</i>, lo que les permitía criar su propio rebaño. En la década de 1980, un inversor se presentó alegando ser el propietario de la tierra y los desalojó. Se trasladaron a un terreno público fuera de la propiedad y el inversor les cavó un pozo y despejó los límites de una propiedad de 1.000 hectáreas como compensación, como paso previo a la titulación de la tierra (la familia acabó obteniendo el título años más tarde). J. formó entonces su propio hogar y se trasladó a otro lugar del Pilcomayo con su marido. Después de luchar contra las inundaciones y tras el fallecimiento de su marido, regresó en la década de 1990 para establecerse junto a la tierra de sus padres e inició una reclamación de tierras por ese pedazo de tierra. De vez en cuando seguía llevando animales al río, hasta que pudo cavar un pozo en su tierra para tener agua permanente. En la década de 2010, limpió unas 60 hectáreas de tierra para poner pastos, pero debido a la sequía, todo el pasto se secó.</p>
<p>K</p>	<p>K. nació en Paraguay de padres argentinos que vinieron en la década de 1950. Después de que su casa en el río se inundara, se instalaron tierra adentro, cerca de un puesto militar que existía allí desde la guerra del Chaco. Sin embargo, su familia no se quedó allí y, al cabo de unos años, en la década de 1970, encontraron un lugar con agua más al interior en el que se instalaron a principios de la década de 1980, vendiendo las tierras de su asentamiento original. K. vivió allí hasta la edad adulta. Cuando parte de la tierra que había estado utilizando su familia fue reclamada por un inversionista externo a principios de la década de 2000, se marchó y se instaló en el pueblo que se había formado donde había nacido, donde se casó y desarrolló múltiples pequeños negocios para mantener a su familia. Sin embargo, mantuvo una participación en la tierra familiar. A principios de la década de 2010, otro pedazo de la tierra que habían estado utilizando fue reclamado, y se quedaron con unas 500 hectáreas, por las que iniciaron una reclamación legal. Cuando sus padres se mudaron de la zona, alguien intentó reclamar incluso esa tierra para venderla a inversionistas externos, y él y sus hermanos se resistieron e iniciaron una reclamación legal de la tierra. En el momento de la entrevista, la reclamación aún se estaba tramitando. K., sin embargo, era un emprendedor con recursos, tenía unos cuantos animales en un terreno cercano a la ciudad</p>

	<p>y había desarrollado otras múltiples actividades. El crecimiento de la ciudad en la que vivía le proporcionó nuevas oportunidades económicas al margen de la ganadería.</p>
L	<p>L. nació en Argentina y se trasladó de niña a Paraguay con su familia, donde se casó con un argentino. Después de vivir veinte años junto al río Pilcomayo, como la zona fluvial se estaba masificando, se trasladaron más al interior, junto a una laguna. A mediados de la década de 1970, un inversionista de Asunción estableció su <i>estancia</i> directamente al norte de su hogar, cerrando una parte del territorio que habían estado utilizando. Sin embargo, el resto de la tierra seguía abierta, por lo que podían continuar con sus actividades de subsistencia. Cuando la agencia gubernamental IBR llegó a principios de los 80 para apoyar la titulación de tierras, ella y su marido iniciaron el proceso de titulación de 500 hectáreas, pero nunca lo completaron. A mediados de los noventa se trasladaron por segunda vez a las cercanías, a un lado de la carretera, porque su casa quedó destruida en una inundación. La <i>estancia</i> del norte fue abandonada durante los años 90 y parte de los 2000, y al igual que sus vecinos, dejaron entrar a sus animales en la propiedad durante ese tiempo, lo que significa que esencialmente recuperaron el uso completo del territorio. Cuando esa propiedad fue adquirida por un nuevo propietario que empezó a deforestarla en la década de 2010, volvieron a perder el acceso, pero siguieron utilizando una parte de esa propiedad que el inversor dejó bajo cobertura forestal, aparentemente consciente de que las familias criollas lo estaban utilizando. Sin embargo, esta situación seguía siendo precaria y a principios de la década de 2020, cuando la mayor parte de la tierra de la zona ya estaba ocupada, la familia de L. limpió una parcela de 10 hectáreas para plantar pastos con el fin de intensificar la producción.</p>
M	<p>M. nació a finales de la década de 1940 en Argentina, pero sus padres, que habían vivido al otro lado del Pilcomayo antes de la guerra, volvieron a vivir a Paraguay a principios de la década de 1950, cuando ella era pequeña, uniéndose a una pequeña pero creciente comunidad de familias criollas. Allí, junto con otros muchos colonos, cultivaban pequeñas parcelas de tierra en la llanura aluvial y criaban ganado. A principios de la década de 1970, un ganadero paraguayo vinculado al régimen de Stroessner, cercó una propiedad que abarcaba muchos de los asentamientos de la zona. Sin embargo, su gestión era muy laxa y sus objetivos no eran tanto la producción de carne como el tráfico de mercancías lícitas e ilícitas con Bolivia y Argentina, por lo que dejó que la gente siguiera viviendo y cultivando la tierra allí. M. y su marido titularon un terreno de 1.200 hectáreas más al interior cuando llegó la agencia gubernamental IBR a principios de los años ochenta. En 1990, una inundación les obligó, junto con el resto de la comunidad, a trasladarse tierra adentro desde su ubicación original a terrenos públicos fuera de la propiedad del estanciero. La familia de M., por haber sido la primera en titular tierras en la zona, nunca fue molestada por los inversores. Sin embargo, tuvo un conflicto con otra residente local que quería titular algunas de las tierras que poseían, pero ella no se lo permitió.</p>
N	<p>N. nació en un asentamiento criollo del lado paraguayo, en el seno de una familia que había ocupado esa zona antes de la guerra del Chaco y huyó de ella durante la guerra. A mediados de los años ochenta, un inversor cercó la zona que ocupaban junto al río y se trasladaron a otra zona cercana. Tuvieron que mudarse dos veces dentro de la misma zona porque su casa se inundó, y finalmente se asentaron de forma más permanente en un terreno más elevado a mediados de la década de 1990, en lo que antes había sido una escuela misionera. Ese terreno, sin embargo, estaba en los márgenes de otra propiedad privada, y aunque había</p>

	<p>estado abandonado durante toda la década de 1990, en los años 2000 y posteriores, los administradores de la propiedad disuadieron a N. de realizar cualquier mejora en el terreno, como abrir un pequeño claro o cavar un pozo. Su presencia continuada allí mientras estos administradores reclamaban la tierra como parte de su propiedad puede considerarse un acto de reivindicación. A mediados de la década de 2010, otro inversor se presentó afirmando ser el propietario de la tierra en la que se encontraba N. e intentó intimidarle para que se marchara con amenazas de violencia. N. se resistió y no pasó nada. La madre de N. había titulado unas 300 hectáreas de tierra a principios de la década de 1980 en otro lugar, pero los vecinos destruían con frecuencia las mejoras de la familia sobre esa parcela, por ejemplo quitando alambrados, y cuando ella murió, como no habían tramitado la transferencia del título, N. no estaba seguro de poder utilizarla. Por ello, su situación seguía siendo precaria en el momento de escribir este documento.</p>
<p>O</p>	<p>O. nació en una comunidad criolla a orillas del Pilcomayo de padres guaraníes y paraguayos. Cuando era joven, un inversor desalojó a la familia y se trasladaron tierra adentro, al lado de una represa grande. Su padre tituló esas tierras y sus padres vivieron allí durante más de dos décadas. En los años noventa, O. abandonó la zona para trabajar en las colonias menonitas, pero regresó a principios de los ochenta para estar cerca de sus ancianos padres y se instaló en un terreno junto a ellos, en lo que creía que eran terrenos públicos. Unos años más tarde, sin embargo, aparecieron unos inversores con un título en la mano. Presionado, firmó un acuerdo que le dejaba 300 hectáreas situadas dentro de la reserva forestal de la propiedad. Limpió 10 hectáreas para pastos a principios de la década de 2010 y siguió utilizando algunas tierras más al norte de su terreno, pero unos años más tarde aparecieron otros dos inversores de forma independiente reclamando esas tierras. Intentó negociar con ellos y consideró la posibilidad de trasladarse a la propiedad de sus padres, pero parecía que había sido vendida a sus espaldas por otro miembro de la familia. En el momento de escribir este documento, estaba experimentando con la producción de cultivos de regadío, pero aunque comparativamente estaba bien, la situación de su tenencia seguía siendo precaria y corría el riesgo de ser desalojado.</p>
<p>P</p>	<p>P. llegó al lado paraguayo del Pilcomayo desde Argentina a principios de la década de 1990 para vivir con su marido, que era de allí. Su familia utilizaba 1.700 hectáreas de tierra, por las que había estado intentando reclamar un título, pero, aunque había contratado a varios abogados para que la ayudaran a lo largo del tiempo, no había conseguido que la gente viniera a hacer las mediciones de la tierra, un requisito para presentar una solicitud formal, por lo que la titulación no había comenzado a pesar de que ella y su marido habían cercado la tierra en los años noventa. Uno de los problemas era que no estaba claro si su tierra caía en territorio paraguayo y no argentino, una cuestión común en la zona, dado que la frontera se define en función del curso del río Pilcomayo, que se desplaza con frecuencia. Desde la muerte de su marido, vive sola, con sus hijos residían en Argentina, pero consideraba que no podría volver allí debido a las restricciones sobre la propiedad de la tierra para los criollos a raíz de un fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos que obligaba al gobierno argentino a ceder tierras a los pueblos indígenas locales (el fallo <i>Lhaka Honhat</i>). Afortunadamente para ella, los inversores no la han molestado hasta ahora y, como tiene acceso al río, sus animales han tenido suficiente para beber y comer.</p>

Q	<p>Q. nació a orillas del Pilcomayo, en Paraguay, de padres argentinos que habían cruzado desde el otro lado cuando eran jóvenes para criar su propio ganado, principalmente cabras, de las que en algún momento llegaron a tener más de mil. A principios de la década de 1980, se vieron obligados a trasladarse varias veces debido a las crecidas del río Pilcomayo. Tras varios traslados, a finales de los 80, Q. regresó con su esposa a la zona en la que creció para establecerse en una nueva área. Permanecieron allí cerca de una década, pero a medida que el Pilcomayo iba tragando la tierra y la población crecía, la zona se fue poblando y, a finales de los 90, Q. se trasladó a una zona más al interior que su hermano había sido el primero en colonizar una década antes. Permanecieron a poca distancia del río y disponían de un pozo artesiano para el agua potable. Él y su familia, que se habían asentado en la zona, vieron que se estaba construyendo la carretera y previeron que vendría gente a reclamar tierras, por lo que cercaron sus tierras e iniciaron los trámites de titulación. Utilizó los ingresos procedentes de la venta de animales y del comercio para cercar 500 hectáreas de tierra. Después despejó un poco de tierra manualmente, pero el bosque volvió a crecer. Nunca completó el proceso de titulación, ya que considera suficientemente disuasorio tener un cercado y una solicitud formal de tierras. En el momento de escribir este documento, había tenido que vender muchos animales debido a la sequía, pero en comparación a los demás, su situación era relativamente estable.</p>
R	<p>R. nació en la orilla argentina del río Pilcomayo. A principios de los años 80, abandonó la casa de sus padres para vivir en el lado paraguayo con su marido. Se instalaron en unas tierras junto al río Pilcomayo. Por aquel entonces, la agencia gubernamental IBR llegó para ayudar a los pequeños propietarios a titular tierras, y titularon 1.200 hectáreas con la ayuda de sus suegros. Esto les permitió criar ganado sin que nunca les molestaran los inversores, aunque sólo pusieron un alambre alrededor de la tierra en la década de 2000. A finales de los 90, su casa fue inundada por el río Pilcomayo y se trasladaron tierra adentro, pero aún dentro de la propiedad. En ese momento tenían alrededor de 400 vacas y 500 ovejas y cabras. Su propiedad llegaba originalmente hasta el río Pilcomayo, pero después de que éste cambiara de curso, se encontraron lejos de él, con sólo el canal excavado por el gobierno paraguayo, que rara vez retiene agua, acercándose a sus tierras. Esto hacía más difícil soportar las sequías. Por ello, en 2023 cavaron un pozo profundo a más de 200 metros de profundidad, una inversión costosa pero necesaria. También limpiaron unas 65 hectáreas de pastos a finales de 2010, pero M. dijo que estaban demasiado secos. R. y su marido tuvieron 9 hijos, 8 de los cuales aún viven en la propiedad. La cuestión de la herencia estaba pendiente - la tierra aún se gestionaba como una unidad, y probablemente tendría que seguir siéndolo cuando los padres murieran, ya que de lo contrario habría que dividirla en unidades demasiado pequeñas para ser sostenibles. Uno de sus hijos tiene una pequeña tienda de comestibles.</p>
S	<p>El padre de S. procedía de las orillas del Pilcomayo pero se fue a trabajar al Chaco central en la década de 1980, cuando S. era un niño. Cuando S. y sus hermanos crecieron, alrededor de 2008, los padres volvieron al Pilcomayo y se instalaron en una zona cercana a donde habían estado antes. Permanecieron allí unos 10 años. Durante ese tiempo, delimitaron el perímetro de la propiedad, unas 1.500 hectáreas, e iniciaron el proceso de titulación. Cuando el padre murió a finales de la década de 2010, la gente empezó a acercarse a la familia queriendo comprar su solicitud de tierras. S. se opuso, pero sus hermanos la vendieron contra su voluntad. Con el dinero de la venta, S. se trasladó con sus animales a un pequeño</p>

	<p>terreno en una colonia agrícola del Chaco Central, y la familia compró una casa en el Chaco Central, así como un camión. Después de un par de años, el pedazo de tierra donde S. se había reubicado resultó ser demasiado pequeño, y se trasladó de nuevo a la zona del Pilcomayo, donde primero alquiló un pedazo de tierra para poner a sus animales. Al cabo de unos años, pudo comprar un terreno de unas 80 hectáreas. Despejó parte del bosque de la parcela para poner pastura. Seguía siendo una cantidad de tierra relativamente pequeña para la zona y, cuando le conocí, completaba sus ingresos vendiendo hojas de coca y dulces bolivianos en las comunidades locales en moto.</p>
<p>T</p>	<p>T. nació en Argentina a finales de la década de 1930. De adulto, se fue a vivir al lado paraguayo del Pilcomayo con su primera esposa. Allí cuidó el ganado de un gran ganadero <i>en régimen de partida</i> hasta que, en 1975, el lugar donde se había asentado fue reclamado por un inversor que comenzó a cercar la zona. T. se marchó y encontró un lugar más al interior que tenía una gran fuente de agua. Habiendo llegado con sólo unos pocos animales, pudo hacer crecer su rebaño, que llegó a tener cerca de 300 reses en algún momento. A principios de la década de 1990, mientras estaba fuera, su hijo conspiró con un abogado de la ciudad para extraer <i>palo santo</i>, una valiosa madera de la propiedad. Esto era ilegal y el propietario vecino les denunció, lo que llevó a T., que aún sólo tenía papeles argentinos, a enfrentarse a una orden de desalojo. El mismo abogado que había explotado <i>el palo santo</i> se ofreció a ayudarlo a defenderse y a obtener un título a cambio de continuar con la explotación del <i>palo santo</i> de su propiedad. El abogado consiguió hacer caer el caso contra T. e iniciar una solicitud de tierras a nombre de T. por 4.000 hectáreas, pero T. nunca pagó sus deudas, por lo que nunca obtuvo el título completo. Al cabo de diez años, ya no tenía ningún derecho válido sobre las tierras y su hijo las puso a la venta, en contra de su voluntad. Pronto la tierra fue vendida a un inversor brasileño que le pidió que se marchara. T. contrató al mismo abogado que antes y consiguió retener 1.000 hectáreas, que puso a su nombre y al de su hijo e hija, para que todos tuvieran que firmar para poder venderlas. Sin embargo, más tarde, a finales de la década de 2010, apareció otro inversor como supuesto propietario. Esta vez, presionó a T., diciéndole que aún tenía deudas y una orden de detención por explotación ilegal de <i>palo santo</i>, y que podía hacer que desapareciera, pero sólo si T. vendía la tierra -T. no podía saber si algo de esto era cierto, pero se sentía impotente ante estas afirmaciones. Firmó la venta y utilizó el dinero para comprar una casa en un pueblo de Argentina cerca de la frontera. El comprador le dijo a T. que podía quedarse en el terreno el tiempo que necesitara. Sin embargo, uno o dos años más tarde, a principios de la década de 2020, apareció otro inversor, un hombre uruguayo, que afirmaba ser el propietario de la tierra y pidió a T. que se marchara de inmediato, diciendo que le pagarían por irse. Había razones para pensar que esta persona trabajaba con el inversor anterior: aparecían juntos en una solicitud de permiso de deforestación. A principios de 2024, T. y su esposa se habían trasladado a un pueblo de Argentina.</p>

Agradecimientos: Agradezco a Rómulo Palomo por su valiosa ayuda en el campo, y a todas las personas del Chaco paraguayo que me dedicaron parte de su tiempo y me confiaron sus historias.

También quiero dar las gracias a los editores y a dos críticos anónimos, así como a Verena Friesen, Natalia Castelnovo Biraben, Facundo Zorzoli y Emilia Cano por sus valiosos comentarios. Esta investigación ha contado con el apoyo del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales y Humanidades de Canadá y contribuye al Programa Global de la Tierra (<https://glp.earth>).